DANIEL GUEBEL

RANDOM HOUSE

Una historia familiar



DANIEL GUEBEL

Una historia familiar



RANDOM HOUSE

Recordaba haber leído en un libro de ética que incluso el que muere en la cama es mártir.
El simple acto de morir es ya ofrenda de un sacrificio.

ISAAC BASHEVIS SINGER, *El esclavo*

PRÓLOGO

Esta es una historia de muertos que arden en mi memoria, la belleza esquiva y atroz de los difuntos, y la contó hace unos veinte años mi tía Blanca. Su relato era un entramado de enfermedades, exilios y desgracias que se remontaba a comienzos del siglo pasado y que ella iba desgranando con tono distanciado y casi ausente, como si nada la afectara. Fue durante una cena, y mientras la escuchaba lamenté que mi memoria no pudiera retenerlo enteramente.

Blanca estaba de visita, vivía en los Estados Unidos, así que apenas terminó el cuento le pedí que nos reuniéramos de nuevo. Volvimos a encontrarnos en la casa de uno de sus primos. Por esas cuestiones de la vida, mi madre y ella ya no guardaban parentesco político, pero se tenían afecto y quiso acompañarme. Como yo quería que el tono de la narración permaneciera en ese registro en apariencia despojado de todo sentimiento, le pedí que no mostrara emoción alguna mientras Blanca hablaba. Mi madre me lo prometió, y así fue durante cinco minutos. Al sexto, se le escapó un suspiro. La miré feo y se contuvo. Al minuto, un parpadeo compungido. Al siguiente, nuevo suspiro acompañado de brillo de lagrimales, y a la media hora, cuando promediaba el cuento, ya moqueaba y se secaba los ojos con pañuelitos de papel tisú.

Después merendamos y se habló de otra cosa.

Días más tarde escuché la grabación y supe que esa historia tenía que escribirse en el tono dominante de la voz de Blanca. Una voz que enseña que hay cosas que se dicen de verdad cuando se las cuenta como si no se las entendiera del todo. Ya no recuerdo qué agregué, corté, expandí o inventé. Cuando le pasé el borrador, Blanca me dijo: "Yo creí que ibas a contar la historia de mi padre y a vos te importó más el infeliz de mi cuñado". Y me pidió, más bien

me ordenó, que no publicara el libro mientras ella viviera. Le pregunté a qué temía y me dijo: "¿A quién va a ser?". "Pero tía", le dije, "tu cuñado vive en el desierto de Arizona. ¿Cómo se va a enterar?". "Se va a enterar, se va a enterar. Vas a ver. Todo llega y todo se sabe". Después agregó: "Prometeme que no vas a publicarlo mientras yo viva". Y después: "Mientras vivamos mi marido y yo".

Cumplí mi palabra. Cada tanto, en esa oscilación entre revelar y ocultar, iba agregando y quitando escenas, cambiando y reponiendo los nombres reales de los protagonistas a medida que morían. Pero Blanca no cedía. Cuando su cuñado falleció, creí que levantaría la interdicción. También había muerto su marido, así que ya no había que guardar lo escrito para protegerlos de la violencia de un cuñado de ultratumba. Blanca tenía más de noventa años, estaba medio sorda de un oído y vivía en una residencia para ancianos en Phoenix, frente a una ruta que por la noche cruzan los coyotes. La última vez que la llamé, me dijo (esto no hay que leerlo, hay que oírlo): "Dañi. Vos sos un escritor respetable. No podés publicar este libro. De ninguna manera. Este libro es una porquería. Por-que-rí-a. ¿Sabés lo que hice con este libro hace veinte días? Lo pasé por una picadora de papel. Todo. Entero. Listo. Y a las tiritas las tiré a la basura".

Blanca murió. Su muerte no me libera del todo. Porque el libro está en tus manos, pero yo ya no cuento con ella.

1

Bernardo nació a principios del siglo pasado en Lanovetz o Krémenets, entre Ucrania y Polonia. Su madre, Betsabé, dio a luz once hijos. Sobrevivieron tres. Boaz, su padre, era un maestro que iba de pueblo en pueblo, enseñando los rituales de iniciación religiosa a los adolescentes.

Una noche, cuando Bernardo tenía trece años, a Boaz lo sorprendió una helada en medio del camino. Estuvo horas abrazado a su caballo, la nieve se filtró en su saco y cuando volvió a su casa tenía una fiebre muy alta y murió.

Bernardo quedó como único sostén de la familia: su madre, su hermana Miriam y su otra hermana, Esther, a quien pronto se la llevó el tifus. Sabía leer y escribir, así que se presentó en la estación. Los trenes pasaban por el pueblo llevando cargamentos de avena y arroz, y cuando los pesaban, él anotaba los kilos y entregaba las planillas a la administración.

Un día, de regreso a su casa, Bernardo se cayó del carro y las ruedas le pasaron por encima. La rueda izquierda le pasó por encima de una pierna y no le hizo mucho daño. La rueda derecha le pasó por la sien y le dejó terribles dolores de cabeza, pero no le cambió el carácter.

Bernardo decía:

—¿Qué? ¿Me duele? Sí. ¿Y? Me la tengo que aguantar. ¿Qué gano con quejarme?

Siempre fue así de tranquilo y bueno. A los noventa y cuatro años partió sin haber alzado nunca la voz.

Cansados de la amenaza de los cosacos, Betsabé, Bernardo y Miriam viajaron a la Argentina y se radicaron en el interior del país. Vivían en pleno campo, en medio de una provincia seca y pobre: Santiago del Estero. Unos meses más tarde llegaron de Europa otros parientes, entre los que estaba Sofía, una prima con la que Bernardo se casó. Al año nació Blanca, una criatura hermosa. Miriam sentía devoción por la sobrina. Jugaba con ella, le cambiaba los pañales y quería cargarla en brazos todo el tiempo. Bernardo se dio cuenta de que su hermana ya estaba con ganas de tener una familia y le encontró un candidato, que venía de la misma zona de Europa que ellos: Miguel era un hombre de pocas palabras que había tenido un matrimonio con una mujer que terminó internada en un hospital de enfermedades nerviosas. Se casaron pero no se llevaban bien y Miriam nunca le perdonó a Bernardo que la hubiera entregado al primer hombre que encontró. Su hermano le decía que ya había cumplido veintitrés años y que a esa edad una mujer o se casaba o quedaba soltera para siempre. Igual, el rencor dura más que el buen criterio y cuando le llegó la hora Miriam pidió que la enterraran abrazada a Betsabé, su madre. A Miguel ni lo mencionó.

En el campo todo se hacía muy difícil: las cosechas se perdían por la sequía y a veces ni había agua para tomar. Las dos familias vivían juntas en una choza. Bernardo dormía con una pistola bajo la almohada por miedo a que los asaltaran. Decidieron viajar a la ciudad. Ahí, unas relaciones que tenía Bernardo le ofrecieron llevar mercadería, venderla a domicilio y en cuotas mensuales. Bernardo aceptó, pero cada vez que iba a cobrar las cuotas, las mujeres no tenían plata. Y a él le molestaba vender por dos pesos lo que le había costado uno.

Bernardo decía:

—¿Los pobres están que se mueren de hambre y yo voy a pedirles que me paguen lo que me deben? ¿Qué soy, un explotador, yo?

El mundo era injusto, los ricos eran demasiado ricos y los pobres demasiado pobres: eso había que arreglarlo de alguna manera. Bernardo y Miguel a veces salían de noche a cortar los cables del alumbrado público porque en una reunión política conocieron a un hombre del Partido (lo llamaban el Ruso Hachao por un cuchillazo que le cruzaba la cara).

El Ruso Hachao decía:

—¿Qué hay que hacer? ¿Peleamos o nos quedamos cruzados de brazos? Si nos quedamos cruzados de brazos, no cambia nada.

Después se fue a pelear por sus ideas más al norte, en zonas de fronteras. Estuvo un tiempo en la selva, perdido entre los monos y escapando de la picadura de las víboras, hasta que en una emboscada el ejército brasileño le metió cuarenta y ocho tiros. Le apuntaban a la cara, a la cicatriz, aunque las balas le entraron por todos lados. Destrozado como estaba lo enlazaron y lo llevaron a la rastra, atado a la montura del caballo. Los pedazos que le quedaban

se iban desprendiendo y al resto lo dejaron tirado a la entrada de un pueblo, para que la gente lo viera.

El Ruso Hachao no tenía familia, ni mujer ni hijos, así que nadie lo buscó.

Durante uno de esos cortes de cables, a Bernardo y Miguel los reconoció un policía. Los miró y no dijo nada. Pero por las dudas Bernardo se fue a Buenos Aires con Sofía, Blanca y su madre, Betsabé, y Miguel y Miriam fueron a La Banda, otro pueblo de Santiago, donde nació el primero de los hijos del matrimonio: Saúl.

En La Banda, Miguel puso un despacho de pan, pero como el negocio no anduvo pasaron a Tucumán, donde nació el segundo de los hijos, Alberto. En Tucumán, Miguel se ocupaba de instalar vidrios en casas y negocios. Andaba por las calles voceando:

—Vidriero, se arreglan ventanas y vidrios rotos. Arreglo garantizado. Buen precio.

Con un amigo compraron un carro y lo llenaron de sillas y mesas de esterilla que vendían por las calles y en un mercado. Las sillas y mesas eran de calidad, pero a la gente no terminaban de convencerla. Como ese comercio tampoco anduvo Bernardo los mandó a llamar.

En Buenos Aires nació el tercero de los hijos de Miriam y Miguel, Isaac.

Bernardo arreglaba colchones. Se cargaba a la espalda una máquina cardadora, salía a la calle y llamaba:

—Colchonero. Se cardan colchones, colchonero.

Su cintura no aguantó. Durante un tiempo fue lustrador de muebles y carpintero. Tampoco anduvo bien, y empezó con el reparto de leche en jarra. El caballo conocía el recorrido y paraba el carro ante las puertas de los clientes; Bernardo aprovechaba esas horas para leer el periódico del Partido. Su patrón bromeaba con él diciendo que discutía conceptos políticos con el caballo:

—Vos hablás y hablás, pero el animal se queda con la última palabra.

Aunque el trabajo era un poco aburrido, Bernardo no se podía quejar. Lo más pesado era subir los tarros de leche al carro: el caballo andaba y lo único que tenía que hacer él era llamar a las vecinas para que salieran de las casas y ahí servirles la medida de leche.

Una medida, un litro. Dos medidas, dos litros.

Peor era el trabajo que le había tocado en suerte a Miguel: peón de limpieza en un hospital. Por sesenta pesos por mes tenía que trabajar doce horas por día baldeando los pisos y las escaleras de todo el edificio. El alquiler le costaba treinta y siete pesos por mes, así que él y su familia tenían que arreglárselas con los veintitrés pesos que les quedaban. Para Miguel, lo peor no era el baldeo. ¿Qué puede pasar si uno baldea pisos todo el día? Reuma, nada más. Y Miguel era fuerte como un toro: de chico, en el campo, el padre le pegaba con un palo en la espalda y el palo se rompía antes de que él cayera en tierra, desmayado. Lo peor era cuando tenía que juntar los restos de las cirugías, las amputaciones de brazos, piernas, los pedazos de intestinos y pulmones, todo lo que se saca de un cuerpo, y llevarlo en el balde al crematorio. Eso no lo podía aguantar. Llevar pedazos de muertos para que se volvieran humo. Y el olor. Su hijo Saúl, que juntaba unas monedas en el hospital haciéndose pasar por el ascensorista, lo veía ir y venir por los pasillos, y a veces Miguel iba llorando.

Cuando Miguel se daba cuenta de que Saúl lo veía llorar, pensaba: "¿Cómo estoy haciendo esto? ¿Qué ejemplo le estoy dando? Yo jamás vi llorar a mi padre y él tuvo una vida peor que la mía".

Aunque se había criado en compañía de sus primos y jugaba con ellos como si fuera un varón más, Blanca siempre tenía la ilusión de que naciera otra mujer en la familia.

Cuando su tía Miriam quedó embarazada por cuarta vez, esa ilusión estuvo a punto de cumplirse. Pero a los siete, ocho meses de embarazo, mientras lavaba el patio Miriam se resbaló en el piso mojado y cayó sobre su vientre. En el momento del parto estuvo como dieciséis horas pujando. Pero no había caso: la beba no salía y la madre ya no daba más.

Débora nació con dos marquitas de los fórceps en las sienes. Era una beba preciosa, tenía una piel que no era de este mundo: una porcelana. Pasaba las horas sin llorar ni quejarse, parecía siempre contenta.

Al mes de nacida, vino una visita a la casa y pasó la mano delante de sus ojos y vio que Débora no seguía el movimiento de su mano y dijo:

—Me parece que esta nena está ciega.

En realidad, Débora no seguía a nadie con la mirada. Todavía tenía la cabecita de tamaño normal, pero a los meses comenzó a hinchársele, a crecer: había agua en el cerebro.

Los médicos le hacían punciones para sacarle el líquido, aunque sabían que no iba a vivir.

Débora no llegó al año y Blanca sufrió mucho su pérdida, pero ya se había olvidado de su prima cuando Sofía le dio una hermana: Laura.

Aunque Laura fue la muñeca que Blanca nunca tuvo, no pudo jugar con ella tanto como quería. Su abuela Betsabé había empezado a tener problemas de salud y Blanca tenía que atenderla porque Sofía estaba demasiado ocupada con las cosas del hogar.

Betsabé prácticamente no salía de su pieza; se quedaba encerrada para no cruzarse en el pasillo con su yerno, Miguel. Miguel y Miriam se peleaban mucho, discutían por todo.

Cuando Betsabé salía en defensa de la hija, Miguel le contestaba:

—¿Qué se mete usted? ¿Quién le dio vela en este entierro?

A veces Bernardo trataba de hacer valer su influencia sobre Miguel.

Le decía:

—Si vivimos todos en la misma casa tenemos que llevarnos bien. Somos familia. Betsabé es tu suegra y tu suegra es la madre de Miriam, que es tu esposa, tu esposa es la madre de tus tres hijos, y es mi hermana, tus hijos son mis sobrinos y vos sos mi cuñado. Vas a ver que a la corta o a la larga todo va a ir mejor.

Miguel decía:

—Sí, sí, tenés razón.

Pero al rato volvían las peleas.

Por eso Betsabé apenas salía de su cuarto para ir al baño, en general hacía sus necesidades en la pelela y llamaba a uno de sus nietos para que se la vaciaran. Tenía artritis, la columna desviada, sufría de reumatismo.

Una vez, después de una celebración religiosa en la que llevaba varias horas de ayuno, no se pudo levantar del banco del templo y volvió a la casa colgada del brazo de Blanca.

Dijo:

—Me parece que hay algún problema en el pie.

Nunca más caminó. Tenía los dedos deformados. Los médicos le decían que bajara de la cama y caminara, pero al apoyar los pies gritaba. Durante el día, la nuera y la hija se turnaban para ayudarla. Por la noche, Bernardo la alzaba y Sofía y Miriam le cambiaban las sábanas porque se hacía encima, la bañaban sosteniéndola en brazos y la ponían otra vez en la cama. Y así hasta que murió, once años más tarde.

Duró tanto porque tenía un corazón fuerte, que no quería dejar de latir.

Blanca todavía era muy jovencita cuando se casó con Marcos, un muchacho de buena familia.

En la fiesta de casamiento, Mimí, la madre del novio, no paró de llorar. Lloró y lloró hasta aguarles la fiesta. Iba todas las noches a visitar a su príncipe para controlar lo que la nuera le servía de comer. Antes de sentarse pasaba la mano por el asiento por si la silla había juntado polvo. Blanca trabajaba de la mañana a la noche y no tenía tiempo de preparar comidas elaboradas. ¿Qué hacía? Un sándwich de jamón y queso, una milanesa que había sobrado del mediodía, cosas así.

Entonces Mimí empezaba:

—¿Sabés querido lo que comimos hoy en casa? Hice pescado relleno y panqueques de manzana con azúcar crocantito arriba. Una delicia. Tu papá se chupaba los dedos. Bueno, vos también te chupabas los dedos cuando mamá te cocinaba.

Lo decía sin mirar a Blanca a los ojos, esperando que reaccionara. Pero Blanca no decía nada: su suegra la aplastaba. Mientras estaba en la casa, le faltaba el aire. Respiraba recién cuando se iba de ahí.

Si las amigas querían defender a la nuera, Mimí levantaba la mano:

—No limpia bien, no cocina bien, la familia son unos muertos de hambre, ¿me pueden decir qué le vio mi hijo a esta?

Marcos y Blanca llevaban dos años de casados cuando llegó Noemí. En su segundo día, mientras estaba en la cunita del hospital, Noemí empezó a llorar y a ponerse azul. Blanca se asustó, la alzó, le sopló su aliento en la boca, la puso cabeza abajo y le pegó en la cola mientras gritaba pidiendo ayuda. La enfermera vino y le dijo:

—No se preocupe, señora. Todos los chicos tienen mucosidad y flema, seguro que se ahogó con el moquito.

Cuando volvieron a la casa, Blanca y Marcos reunieron a los abuelos para que vieran el primer baño de la heredera. Estaban Bernardo, Sofía, Mimí y su marido, Abraham, esperando a ver cómo la bañaban. Blanca la alzó y la metió en la bañerita plegable. La criatura reía pero cuando el agua le llegó a la altura del ombligo empezó a llorar y se quedó dura, azul.

Bernardo decía:

—Tenemos que salir todos del cuarto porque a la nena le falta el aire.

Sofía decía:

—Hay que hacerle respiración boca a boca.

Mimí decía:

—¿Respiración boca a boca? Lo que hay que hacer es darle unos chirlos en la cola. Santo remedio.

Abraham no sabía ni qué decir porque se había quedado duro de la impresión.

El susto pasó pero el problema era que esos ataques se repetían a diario. Mimí iba cada mañana para controlar cómo seguían las cosas, alzaba a la bebé y si Noemí se ponía a llorar, decía:

—Un bebé llora mañana, tarde y noche. Cuando no duerme, llora. De bebé, mi Marcos lloraba apenas se despertaba hasta que se

volvía a dormir. ¿Y cómo está ahora? Hermoso. Sano. Fuerte. Un príncipe. ¿Qué más se puede pedir?

Cuando Noemí lloraba, Blanca lloraba con ella porque pensaba que se moría. Por las noches, Mimí iba a controlar la situación. Si Noemí dormía, Mimí la despertaba para ver cómo estaba. Y aprovechaba para llevarle al hijo comida hecha con el amor de una madre, con sus propias manos. A las amigas les contaba que la nuera no tenía carácter:

—Yo nunca conocí una mujer así. La nena llora, ¡y ella llora con la nena!

Blanca y Marcos empezaron a llevar a Noemí a los médicos y los médicos decían:

—No tiene nada, ya se le va a pasar.

Pero había que vivir con eso.

Blanca se pasaba las noches con la criatura apoyada contra su pecho porque así se dormían las dos. Pero de pronto, se despertaba y veía que su hija estaba dura, azul, a punto de asfixiarse.

Cuando Noemí cumplió tres meses, una amiga de Blanca le consiguió una cita con un especialista. Blanca hubiera querido ir acompañada por la madre pero Sofía estaba en cama —sufría del estómago desde hacía cinco años— y tuvo que aceptar la compañía de la suegra. El especialista las mandó a un instituto para que le sacaran una radiografía a la criatura.

En el instituto, mientras Blanca la sostenía de los brazos y Mimí de las piernas para que le tomaran la placa, Noemí se puso a llorar y quedó dura, azul.

En la placa se veía algo gris, como humo, que flotaba entre la jaula de los huesos.

El especialista explicó:

—Es timo.

El timo es una glándula que tienen los chicos mientras están dentro de la panza de la madre y que se atrofia cuando nacen. Es algo natural. Pero hay excepciones: en uno de cada doscientos mil nacimientos, la glándula no se atrofia. Y cuando la criatura llora porque la glándula se infla y le aprieta el corazón, el cuerpo se pone

azul. ¿Se puede morir una criatura con timo? Algunos mueren, otros no.

El especialista dijo:

—Para el timo lo único que hay es la radiación.

Noemí había nacido en septiembre y en verano el hospital estaba cerrado. Por la urgencia del caso abrieron una puerta lateral, los hicieron pasar a una sala en la que había una máquina, acostaron a Noemí sobre la mesa y durante un segundo le dieron la radiación de una bomba atómica.

Nadie habló de las consecuencias. Si eso la iba a enfermar cuando fuera grande, si la iba a quemar por adentro. Nadie dijo nada. Noemí nunca más tuvo esos episodios de asfixia. Si los rayos le hicieron bien, no se sabe. Cuando nació su hermano Esteban, durante un tiempo ella comía y vomitaba sin parar.

Por esa época murió Betsabé, y Sofía, que ya estaba enferma, se puso peor.

Sofía siempre había sido de estómago delicado. Los médicos no podían adivinar lo que tenía: le prohibían la harina, la leche... todo le daba diarrea, todo la descomponía. Le daban carne, le sacaban la carne. Le daban pollo, le sacaban el pollo. Le daban pescado, se lo sacaban. Decían que era una enfermedad de los intestinos. Después del nacimiento de Laura le encontraron un fibroma en el útero. Sofía tenía miedo a las operaciones, no quería morirse en la mesa y dejar solas a sus hijas, y se alivió cuando le dijeron que podía tratarse con radiación. Como Noemí, y aunque lo suyo fue mucho antes y las máquinas no eran tan modernas, en el fondo hacían lo mismo y en cosa de segundos ya estaba.

Sofía fue sola al hospital, ni le avisó a Bernardo. ¿Para qué?

La enfermera que pasaba la radiación estaba lavando los pisos. Cuando ella entró a la sala, la hizo acostar en la mesa, conectó el aparato y le dijo:

—Salgo y vuelvo enseguida.

Sofía dijo:

—¿Me quedo acá, quieta?

La enfermera dijo:

—Usted ni se mueva.

Sofía se quedó sola en la mesa, mientras el aparato se movía y hacía ruido. Al rato sintió calor en las tripas y empezó a gritar. La enfermera estaba pasando el trapo en la habitación de al lado y al escucharla volvió corriendo y dijo:

—Se me pasó la hora.

Nada bueno podía salir de esa cuestión.

Bernardo estaba muy ocupado, Sofía estaba muy ocupada y Blanca era la hermana mayor, que no es lo mismo que ser la madre o el padre, así que Laura fue creciendo sola. De jovencita le gustaba leer y se quedaba horas sentada, leyendo.

Sofía le decía:

—Movete, hija, hacé algo, salí.

Laura no tenía novio, empezaba a engordar, sus amigas también eran un poco gorditas y ella prefería pasarse las horas de visita en la casa de su hermana jugando con los sobrinos, antes que salir a pasear. Pero una vez fue a un baile y se le pegó un candidato: Ariel. Un lindo muchacho, a ojos de Laura. Bailaron y conversaron, aunque a él le costaba un poco hablar, se trababa con las palabras. Igual, le contó de su vida, y ella escuchó, y a los pocos días lo llevó a su casa para presentarlo. Ariel contó de su infancia: desde los tres, cuatro años, había vendido cebollas en un pueblito de mala muerte, para comer. Iba con la bolsa de red, de puerta en puerta. O le compraban o le cerraban la puerta en la cara. Si le compraban, comía. Si no le compraban, pasaba hambre. Nadie había dado un peso por él, él salió adelante solo, sin ayuda. Ahora tenía una camioneta.

Dijo Ariel:

—Conmigo, Laura va a tener un buen pasar. Yo no le voy a hacer faltar nada. Va a vivir como una reina.

Cuando Ariel se fue, Sofía visitó a Blanca y le dijo:

—No sé qué le vio tu hermana. Él no habla bien. Y parece nervioso. Capaz me equivoco, ¿y si es malo?

Blanca dijo:

—Si no es para ella, mejor averiguarlo antes.

Así que armó una cena con Ariel y su familia.

Olga, la madre de Ariel, era tan gorda que apenas pasaba de costado por la puerta. Mauricio, el padre, era bajo y flaco. Se secaba la transpiración de la frente con la manga de la camisa.

En medio de la cena, mientras los dueños de casa trataban de mantener la conversación, Olga se puso a cantar como si estuviera sola. Tenía una voz de pajarito.

Nadie entendió la letra de la canción, sí la estrofa que se repetía:

—Pi pi pi pi.

Mauricio no decía una sola palabra. Agarraba el pan, le sacaba la costra y se la iba comiendo despacio. Cuando quedaba solo la miga, la amasaba hasta dejarla en forma de rollo, con el cuchillo la cortaba en pedacitos y se iba poniendo cada pedacito en la boca hasta que el pan desaparecía.

Después que las visitas se fueron, Marcos se asomó a la ventana y vio que para meter a Olga en la camioneta, Ariel tenía que tironearla por los brazos mientras Mauricio la empujaba por el culo.

Igual, Laura estaba contenta: había conseguido marido y pronto quedó embarazada.

La situación económica no era buena, así que Blanca y Marcos tuvieron que hacer las valijas y emigrar a los Estados Unidos. Ahí tenían unos amigos a los que les estaba yendo muy bien. Norteamérica era el país de las oportunidades.

Desde Buenos Aires, Bernardo le escribía a su hija mayor un par de veces a la semana y le contaba detalles de la vida doméstica, endulzados por la nostalgia y por la voluntad de no preocuparla. Así, no le ponía que con la salud de Sofía no ganaba para sustos y que Ariel había empezado a mostrar un temperamento fuerte apenas nació su hijo. Tenía arranques de nervios, tartamudeaba, no se le entendía lo que decía, y durante esos arranques tiraba cosas contra las paredes. Y David era una criatura un poco intranquila. Tampoco le contó que Miriam se preocupó cuando Laura quedó embarazada de nuevo.

Miriam le dijo a Laura:

—Yo no me quiero meter en tus cosas, vos sos mi sobrina y no mi hija. Si no te diría que en vez de pensar en tener más hijos te ocupes más de tu mamá. ¿Te cuesta mucho esperar a que Sofía se ponga mejor?

Laura le contestó:

—Tía, me ocupo todo lo que puedo pero también tengo un marido, mi familia.

A Laura, lo que le decía la tía Miriam le entraba por un oído y le salía por el otro. Y Miriam, cuanto más se daba cuenta de eso, peor se ponía.

Miriam le decía a Bernardo:

—Tu hija me escucha como si lloviera.

Bernardo tenía que tranquilizarla:

—Miriam, nuestros hijos tienen que hacer su propia vida. Peor era Europa, con el hambre y los cosacos matando gente y cortándola en pedazos. ¿Ya no te acordás como era eso?

Miriam nunca se quedaba con la palabra en la boca, así que le contestaba:

—Me acuerdo. Pero Ariel no está bien de la cabeza y los hermanos de Ariel tampoco, y los hijos de los hermanos de Ariel tampoco, ¿hace falta que diga más?

A Bernardo no le gustaba discutir con Miriam. Cuando ella levantaba la voz a él le dolía el corazón, y en vez de seguir dando vueltas a la cuestión decía:

—¿Qué? ¿Es tan grave ser nervioso? ¿Se va a caer el mundo acaso? Ya se va a arreglar todo, vas a ver.

Y se encerraba en su taller: Bernardo hacía funcionar relojes, componía picaportes con alambres, reparaba sillas y las dejaba como nuevas.

Después, más tranquilo, le escribía a Blanca:

"Acá sin mucha novedad, a Laura ya se le nota un poco la panza, Davidcito está un poco inquieto en el jardín. Laura fue a ver a un médico y el médico le dijo que los chicos son así, ya se va a tranquilizar cuando crezca".

Tenía una letra chica, Bernardo, y escribía despacio, un garabato, pensando cada cosa que decía. Él tenía cuidado de que sus dolores no salieran.

Blanca también se escribía con Laura, por algo eran hermanas, y aunque Laura nunca se quejaba de Ariel, y de David decía nada más que era un chico travieso, Blanca se dio cuenta de que en casa las cosas no andaban bien y decidió volver a Buenos Aires para dar una mano. Marcos le dijo:

—Recién nos estamos instalando acá, yo recién consigo un trabajo. ¿Qué vas a ir a hacer allá?

—Vos sos mi familia y ellos también son mi familia. Mi mamá está enferma, mi papá y mi tía no dan abasto y mi hermana, no sé en qué piensa mi hermana. Si me necesitan, tengo que ir.

Y fue.

2

Sofía no tenía más de sesenta años, pero estaba tan enferma que parecía más vieja que Betsabé en su momento de morir. Ya había pasado meses en cama, dos por tres se le cortaba la piel en la espalda, se le hacían agujeros y le brotaba pus. Salía del hospital, volvía a entrar. Los médicos hablaban de abrirla para ver qué había adentro. No había manera de saber si no abrían, y tampoco si podrían arreglar lo que estaba mal. Aunque si no abrían era peor.

Como Laura esperaba familia pronto, decidieron esperar un poco, y entretanto la mantenían con transfusiones. Sofía estaba preparada para lo que venía porque además no podía seguir viviendo así: no comía y no tenía fuerzas ni para levantar una cuchara. Los médicos avisaron que si pasaba las setenta y dos horas de la operación, había esperanzas.

Bernardo preguntó:

—¿Puede pasarlas?

Los médicos contestaron:

—Hay que ver lo que hay adentro y cómo está el cuerpo de la paciente. Puede pasarlas, o no.

—¿Y si no las pasa?

Los médicos dijeron:

—Usted ya sabe.

Bernardo pensó: "Así es la vida. Pero Sofía es fuerte, es fuerte. Ella las va a pasar".

Marta nació a mediados de julio, por cesárea. Mientras Laura se reponía, a Blanca le tocó ocuparse de la casa de su hermana, limpiar y cocinar y cuidar a David, a quien recién conocía.

Un día, Blanca estaba planchando. Después de planchar cada prenda, la doblaba y la ponía encima de una pila que había en una silla. David, que la miraba trabajar, de golpe corrió hacia la pila y la tiró al piso.

Blanca levantó la ropa y le dijo:

—David, eso no se hace.

David ni contestó. Se fue a su rincón y allí siguió mirando. Y al rato, de nuevo: correr y tirar la pila.

Blanca le dijo dos, tres veces:

—David, eso no se hace. Ya tenés tres años y entendés lo que se te habla.

Él, como si nada.

Ella le dijo:

—¿No vas a contestar? No me contestes, pero escuchame esto: yo te juro que si vos tirás otra vez la ropa te vas a arrepentir.

David se quedó un rato tranquilo y de golpe, cuando Blanca se distrajo, fue y tiró de nuevo la ropa.

Ella le dijo:

—Ah, no, conmigo vos no vas a jugar, mocosito.

Le bajó el pantalón y le dio una buena cantidad de golpes en la cola, así, con la mano abierta, y bien fuerte. No para hacer daño, para que le doliera y aprendiera.

David tenía el culito rojo, ardiendo, y no lloraba: reía.

David no descansaba un minuto, dormía menos que cualquier chico de su edad, rayaba las paredes con cuchillos, perseguía a las

cucarachas para comérselas, se asomaba a la ventana de su departamento y tiraba a la calle cualquier cosa que tuviera a mano.

Cuando Laura volvió del hospital con Marta, David se soltó de la mano de Blanca, fue hacia un aparador, agarró un reloj despertador, lo tiró en dirección de su hermana y casi le sacó un ojo: menos mal que la madre se corrió. El despertador pesaba como un kilo.

Blanca le dijo a Laura que lo mejor que podía hacer era llevar a David a un especialista para que lo viera.

Laura dijo:

—¿Especialista? ¿Por? Es un chico, y los chicos son traviesos.

Blanca pensó: "El peor ciego es el que no quiere ver, y para cada madre su hijo es el mejor del mundo". ¿Qué ganaba diciéndole más a su hermana? Así que se calló la boca. Había venido por pocos días y no tenía tiempo para discutir. Apenas quedaba libre en lo de su hermana, corría hacia el hospital para ver cómo estaba su madre, que parecía haberse recuperado muy bien de la operación. A Sofía le habían sacado unos cuantos metros de intestino. El médico decía que el intestino es enorme y que si la herida cicatriza bien, con un intestino corto también se vive. La comida pasa más rápido y nada más.

Cuando Blanca se volvió a los Estados Unidos, Laura le mandó una carta contándole que Sofía ya caminaba por los pasillos del hospital y que había recorrido todas las camas de su sala con Marta en brazos. Se la mostraba a los demás pacientes y les decía:

—Es mi nieta, mi sol, la luz de mis ojos, un pedazo de mi corazón.

Su recuperación era un milagro, pero a fines de noviembre empezó a decaer. Se le partía la piel de la espalda en distintos lugares, las heridas supuraban. Los médicos decidieron operarla, y cuando la abrieron, volvieron a cerrar. El cáncer le había tomado lo que quedaba de intestino, y al minuto que las sirenas anunciaron el año nuevo falleció. En sus últimos momentos Bernardo le abrió las cortinas de la ventana del hospital para que viera la luz de las cañitas voladoras.

Blanca nunca entendió por qué Bernardo no le contó que Sofía se estaba yendo. Tal vez ella no alcanzaba a tomarse un avión de vuelta, despedirse de su madre y acompañarla al cementerio, pero al menos hubiese abrazado a su padre y habrían llorado juntos. Bernardo demoró más de dos semanas en darle la noticia, y cuando Blanca se lo reprochó, él le contestó:

—No quería preocuparte, vos no podías hacer nada. Basta con que uno solo lleve todo el peso. Y yo no quería que sufrieras como sufrí yo.

A partir de la muerte de Sofía, para Bernardo la vida se limitó a ir al club y visitar a la hija y los nietos que le quedaban en la Argentina. Después que dejó el reparto de leche porque al dueño del comercio un caballo lo mató pegándole una patada en la cabeza, Bernardo entró de tejedor en la industria textil, pero el ruido de las máquinas lo enloquecía y siguió de urdidor hasta que se jubiló.

Ahora, viudo, comía lo que le preparaba su hermana, y en el club le pagaban un sueldito para que se ocupara de los trabajos de mantenimiento. Era el hombre orquesta. Miriam le aconsejó que se casara con una viuda amiga de ella, un hombre necesita que una mujer lo atienda, pero él se consideraba hombre de una sola mujer y la suya estaba muerta, así que a sus sesenta y cinco años ya solo tenía ojos para su familia. Se pasaba muchas horas por semana en lo de Laura, jugando con David y Marta. Con Ariel tenía poco y nada de qué hablar porque a su yerno no le interesaba la política, trataba de hacerlo entrar en razones, que se diera cuenta de cómo se portaba con su propia familia.

Le decía:

—Pensá un poco el ejemplo que das, no seas tan nervioso, los chicos copian lo que hacen los grandes. Davidcito en el jardín de

infantes, cosa que agarra, cosa que rompe.

Cuando Bernardo estaba de visita en su casa, Ariel le decía que sí a todo, pero cuando el suegro se iba, empezaba de nuevo. Era así.

Bernardo decía de Ariel:

—No lee, no le importa lo que pasa en el mundo, solo es él, él, él.

En realidad, nadie en la familia entendía cómo Laura lo aguantaba. El tipo siempre contaba lo mismo: de él y sus hermanos, de la miseria de su infancia, y de cómo se las había arreglado para sobrevivir. De sus chistes se reía él solo. No había día que volviera tranquilo del trabajo. Decía que su propio país no le había dado oportunidades, que le robaban la cebolla —aunque ya hacía años que no vendía cebollas—, que todos querían estafarlo. A veces pateaba las puertas, tiraba los platos o se golpeaba la cabeza contra la pared.

Un día, en medio de esos ataques, de pronto descubrió que la televisión estaba encendida y que desde la pantalla hablaba el presidente de la nación. Ariel puso la cara contra la pantalla y le gritó:

—Vos callate foca bigotuda que estoy hablando yo —y agarró el televisor, lo levantó encima de la cabeza y lo reventó contra la pared.

Aunque era flaco y parecía una mosquita muerta, que nadie daba dos pesos por él, cuando se ponía nervioso tenía una fuerza tremenda.

Bernardo se sentía un poco cansado. Cuando no estaba en el medio entre Ariel y Laura, tenía que ponerse en el medio entre Miriam y Miguel.

A Miriam le decía:

—Ya conocés el carácter que tiene tu marido. Dejá que pegue un par de gritos y se calme. ¿Para qué se la seguís?

Miriam le contestaba:

—¡Y qué querés que haga!

Bernardo le decía:

—Si él habla, vos no le contestes. La paciencia es santo remedio. Y en el fondo es un buen hombre.

Pero Miriam no quería ni escucharlo.

—¿Qué sabés vos cómo es? ¿Acaso te grita como me grita a mí?

Bernardo iba y hablaba con Miguel.

Con Miriam, a Miguel se le ponía rojo el cuello y se le hinchaban las venas de bronca. Con Bernardo, en cambio, siempre podía razonar.

Le decía:

—¿Qué le hice yo a tu hermana, me querés decir? Me casé con ella. No quería casarse, no se hubiera casado. ¡Mirá qué fácil! ¿Qué era yo, el último casadero del mundo? Si vos no me hubieras insistido, me habrías hecho un gran favor.

Miguel no tuvo una vida fácil. Su padre era un campesino bruto que lo trataba como un perro, y Miguel quedó así: no hablaba, gruñía. Pero todo el mundo sabía que por muchos gritos que pegara tenía un corazón de oro. Siempre pensaba en ayudar a los demás: ayudaba a las hermanas, a los sobrinos.

Miriam le decía:

—Vos le das hasta la camiseta a cualquier croto que pasa por la puerta, pero a tu propia familia no le das nada. En casa no hay lo que comer.

Un poco de razón tenía. Por su sobrino Iván, por ejemplo, Miguel se hubiera dejado sacar un ojo de la cara, y el otro también. Siempre que Iván necesitaba algo, ahí estaba él. Iván era el hijo de la hermana de su primera mujer, la internada, pero él lo quería como si fuera hijo suyo.

Iván había nacido con un brazo seco, inútil, y con el que tenía bueno se las arreglaba para trabajar como pocero en Vialidad Nacional. Estaba casado con Dolores, una flaca con pájaros en la cabeza. A Dolores la habían educado las monjas y nada le venía bien: como se creía la gran cosa, no aguantaba estar casada con un pocero. Si él quería la comida fría, se la daba caliente. Si la quería caliente, se la daba fría. Y encima, ni siquiera podía comerla en paz porque ella no paraba de hablarle mal de la parentela: le refregaba por la cara la plata que tenía este, la vajilla que se había comprado la otra, los negocios que hacía el tercero, el coche nuevo que tenía estacionado en la puerta el de más allá.

Iván le decía:

—¿Qué querés que haga? El que tiene plata tiene plata y el que no tiene no tiene.

Ella le contestaba:

—Dios mío, qué respuesta. Con la cantidad de tipos que me arrastraban el ala, ¿por qué me casé con un infeliz como vos?

En su casa Iván no tenía descanso. Y si por casualidad ese día Dolores se había juntado con las hermanas y las cuñadas, mucho peor. No paraba de protestar: era un rencor vivo.

A veces Iván le decía a Miguel:

—Tío, no sé qué más hacer.

Miguel le decía:

—¿Qué podés hacer? Es así. Hay que aguantar.

Iván sacudía la cabeza y decía:

—Yo ya no aguanto más.

Un día, a Dolores se le metió en la cabeza que como su marido era un inútil era ella la que tenía que ganar la gran plata y ya no

paró: primero puso una peluquería de señoras en un cuarto de la casa. Compró palanganas, champús, tinturas, rizadores, secadores de pelo, peines, cepillos, horquillas, toallas, sillas, sillones.

Iván gastó todos sus ahorros en la peluquería, pero la peluquería no anduvo. Después, como al fondo tenían dos cuartos libres, los alquiló para pensionistas. Eso también duró poco porque Dolores decía que los pensionistas eran sucios, le hablaban al oído y le decían cosas que una señora como ella no tenía por qué escuchar.

Durante un tiempo Dolores se enfermó. Primero era el hígado, después la cintura, el dolor le cambiaba de lugar y ella se la pasaba yendo de médico en médico, de especialista en especialista, porque ninguno le gustaba, ninguno le decía lo que ella tenía realmente, o no le decían la verdad o no sabían, todos le sacaban plata y ella cada vez se sentía peor, así que hubo que contratar una mujer para que la cuidara.

Tuvo una mujer, dos, tres. Según Dolores, todas le robaban o eran tan idiotas que le querían soplar al idiota del marido. Cuando se cansó de la cama, se levantó con un ataque de energía. La casa tenía que estar impecable. Le sacaba brillo a las copas, aplastaba las arañas del cielorraso, arrancaba hasta las manchitas de musgo de las ranuras de las baldosas del patio, frotaba con alcohol los vidrios de los portarretratos, iba detrás de los hijos (tres varones y dos nenas) con pañuelos que mojaba con su saliva para limpiarles orejas y narices, ponía tanta cera que el olor hacía doler la cabeza. Iván tenía que andar sobre patines, lustrando el piso mientras caminaba.

Marta le decía:

—Así por lo menos ayudás en algo.

Un día Iván volvió temprano a su casa porque llovía. Cuando llueve no se puede pocear porque la tierra se vuelve barro. Uno palea barro y el barro chorrea de la pala y vuelve al lugar de donde salió. Iván volvió a la casa y Dolores no estaba. ¿Habría ido de compras? Quién sabe. Los chicos estaban en el colegio: iban a un colegio de doble escolaridad, porque Dolores decía que todo el día no los aguantaba. Se la pasaban ensuciando y ella limpiando. ¿Y para qué iba a limpiar como una burra si después ellos ensuciaban todo?

Para no pasar a la casa con el calzado embarrado, Iván se sacó las botas en el patio, las dejó debajo de un alero, protegidas de la lluvia. Entró, se paró sobre los patines, fue patinando hasta el perchero, colgó el saco, fue al baño, agarró un toallón, salió del baño, fue al cuarto, dobló el toallón y lo apoyó sobre la almohada, se sacó los pantalones porque tenían las botamangas mojadas, los colgó sobre la silla, cerca del radiador, para que se secaran. Todo lo hizo despacio, prolijo, con la mano buena. Después se acostó en camisa y calzoncillos, en la cama, abrió el cajón de la mesa de luz, sacó el revólver, apoyó la cabeza en el toallón y se pegó un tiro en la boca. La bala le atravesó el paladar, llegó a la tapa del cráneo y ahí rebotó contra el hueso y se quedó entre la grasa del cerebro. La sangre salió por los oídos, pero no manchó las sábanas. Un muerto limpio, así no molestaba a Dolores.

Cuando Miguel se enteró, dijo:

—Mi sobrino fue un valiente. Hay que ser valiente para pegarse un tiro.

Miriam dijo:

—¿Eso es ser valiente para vos? Él se mata, listo, ¿y qué pasa con sus hijos? Son cinco, entre varones y mujeres, sin contar a Dolores. Seguro que vas a terminar encargándote vos, como siempre. Y a tu familia que la parta un rayo.

Si Miguel decía blanco, Miriam decía negro.

3

Laura no les prestaba mucha atención a los arranques de Ariel, estaba acostumbrada. Un día, como él insistía en que se ponía nervioso porque todo el mundo lo estafaba, le dijo:

—Si vos creés que vamos a estar mejor en otra parte, lo que podemos hacer es irnos a Nueva York, que ahí ya están Blanca y Marcos.

Y Ariel le dijo:

—Tenés razón. En Estados Unidos triunfar es fácil.

Así que se subieron a un avión y bajaron en Nueva York. Marcos tenía un puesto de vicepresidente en una empresa de producción, venta y distribución de productos de hierro: caños industriales y domésticos, flejes, resortes, clavos, pinzas, tenazas, tuercas, tornillos. La oficina principal y centro de concentración de la mercadería estaba en la zona del río Hudson. Y aunque Ariel no hablaba una sola palabra de inglés, Marcos le consiguió un puesto de jefe en la sección despacho. Estaba solo en una oficina enorme que era una especie de torre de vidrio con vista panorámica al sector de operaciones (cuadras y cuadras a lo ancho y a lo largo). Desde ahí, Ariel tenía que controlar los movimientos del personal y de la mercadería y, en caso de error en el traslado, su obligación era avisar al personal a través de unos intercomunicadores. Como apenas se hacía entender y ni él mismo sabía cuándo alguien trasladaba bien o mal algo, apretaba a gusto y voluntad los botones rojos o verdes. Creía que le hablaba a tal o cual operario y no hacía más que pegar unos tremendos alaridos. Los estibadores no se explicaban por qué habían colocado en ese puesto a un tipo que dos por tres tiraba los intercomunicadores por la ventana y se golpeaba la frente contra los vidrios de su torre.

Un día, el representante sindical fue a ver a Marcos a su oficina y le comunicó el malestar del personal ante el comportamiento de Ariel. Además, todos querían saber por qué se le liquidaba el sueldo máximo de la plantilla. Si se trataba de un plan de recomposición salarial, tenían que anunciarlo, ver cómo se hacía efectivo en los próximos recibos…

Marcos explicó que Ariel era su concuñado (era cierto), que el sueldo que le pagaban era un préstamo que la empresa le hacía (mentira), y dijo que en realidad el dinero salía de su propio bolsillo (otra mentira). El representante sindical lo miró con desconfianza así que Marcos tuvo que agregar más argumentos.

Dijo:

—¿Cómo? ¿Nadie le informó al personal que la función de Ariel en la torre de vidrio es nada más que para que él se entretenga creyendo que hace algo? ¡Le juro que yo di instrucciones de que se les explique esto! (También mentira). Lo único que hay que hacer es tener un poco de paciencia, y cuando mi concuñado empieza a gritar a través de los intercomunicadores yo autorizo a que los apaguen y sigan desempeñando sus tareas tal como corresponde. Hasta pueden tener los intercomunicadores apagados todo el tiempo y listo. Colgando del cuello como si fueran adornos. ¿Qué le parece?

El delegado dijo:

—No creo que eso funcione.

"Yo tampoco", pensó Marcos.

Cuando el representante sindical se fue, Marcos llamó a su concuñado. Ariel entró.

Marcos dijo:

—Vení, sentate.

Y le explicó que había una reorganización de la sección, y que como él era una luz manejando, un as del volante, le iba a asignar un trabajo que le iba a gustar mucho más que estar encerrado todo el día en una torre de vidrio. A partir de aquel momento, Ariel iba a manejar una minigrúa que trasladaba caños de una parte a otra del sector de estiba.

—Es el último modelo, un milagro de la tecnología americana, lleno de adelantos, parece una nave espacial. Te sentís un

astronauta ahí arriba —le dijo.

Ariel no se tragó el cuento. Empezó a transpirar y a tartamudear. Dijo que no se había subido a un avión y cruzado medio mundo para eso. Desde chico había tenido ocupaciones de gran responsabilidad y así mantuvo a su familia. ¿Cómo le iban a dar a él los trabajos de los negros recién llegados de África? ¿Qué, en los Estados Unidos los negros que recién bajaban de los árboles tenían mejores trabajos que él? ¿Eso era el mundo, ahora?

Marcos le dijo:

—Calmate, Ariel.

Ariel no quiso calmarse. Se arrancó el cigarrillo de los labios y lo aplastaba y lo aplastaba en el cenicero, ensuciándose los dedos. El cigarrillo estaba destripado, el papel roto, el tabaco se desparramaba y se mezclaba con la ceniza, y Ariel seguía aplastándolo.

Marcos le dijo:

—Calmate que me vas a llenar de mugre el escritorio.

Ariel le contestó:

—A mí nadie me engaña. Yo sé lo que te pasa a vos. Vos no me tenés confianza. Pero yo soy tu familia. Tu mujer es la hermana de mi mujer y nosotros somos sus maridos, así que vos y yo somos como hermanos. Y si uno no confía en su propio hermano, no tiene nada en la vida. ¿Sabés lo que pasa?

Marcos le dijo:

—Para seguir hablando tenés que tranquilizarte y bajar la voz, porque estás gritando y te escuchan de todas las oficinas.

Ariel le dijo:

—Vos, Marcos, no sabés lo que pasa, y yo te lo voy a explicar. Todos sabotean mis órdenes. Hacen que no me escuchan, y me escuchan. Hacen que no entienden lo que digo, y entienden. Se hacen los que no ven mis señas, y ven mis señas. Son iguales a los que en Argentina quisieron robarme, estafarme, arruinarme la vida. Pero desde chico yo salí adelante, siempre salí adelante. Compraba cebollas a uno y las vendía a dos, las compraba a dos, las vendía a cuatro. Y cuando no había cebolla, salía a la noche y agarraba las botellas de las puertas de las casas y se las vendía al botellero. Conmigo nadie puede. Vos ya vas a ver.

Dijo eso y después golpeó la mesa. Primero con un puño, después con el otro.

Marcos le dijo:

—Tranquilizate, Ariel.

—Vos sos demasiado bueno y te toman por estúpido, Marcos. La culpa es tuya porque no les dijiste a los de mi sección que yo soy el jefe. No te preocupes, yo soy tu cuñado y conmigo vos vas a salir a flote. Dame un mes, dos meses, y vas a ver cómo a todos los negros de mi sección los tengo comiendo de mi mano. Vos hacé correr la bola que yo arriba de la torre estoy armado y que a aquel que no me obedece lo voy a cagar a tiros, ¿qué te parece?

Marcos dijo:

—¿Me estás hablando en serio?

Ariel dijo:

—Claro. Si querés darme un arma, me la das. Si no querés dármela, no me la das. Si me das un arma, mejor, porque yo cada media hora, una hora, me asomo al ventanal y se las muestro. Igual alcanza con que ellos crean que yo estoy armado.

Marcos ni contestó, pero Ariel estaba entusiasmado:

—Vas a ver, Marcos. Si yo hubiera nacido acá, ya sería presidente. Norteamérica es el país de las oportunidades.

En la tarde de aquel mismo día, cuando volvió a su casa, Marcos habló con Blanca y le contó la situación.

—Llamala a Laura y explicale bien, y que ella le haga entender a Ariel que si no se comporta a mí me va a traer un problema grave y él va a perder su trabajo.

Blanca dijo:

—El problema ya lo tenés vos. Si se lo contás a tu jefe, tu jefe te va a decir: ¿Y por qué le diste trabajo a un loco? ¿Porque es tu cuñado? ¿Qué te creés que es esto, una sociedad de beneficencia?

Marcos dijo:

—Ya sé. Ya metí la pata. ¿Qué podía hacer? Ariel es el marido de tu hermana y estaba desocupado.

—Si antes ellos tenían un problema, ahora nosotros también. Voy a hablar con Laura a ver si se puede hacer algo.

Blanca llamó a Laura, y Laura le prometió que iba a hablar con Ariel pero tenía dudas de que él le hiciera caso:

—Cuando vuelve a casa está muy nervioso, yo le hablo y no me escucha. ¿Viste la mosca, que zumba y nadie le presta atención? Bueno, cuando yo hablo él me presta menos atención que al zumbido de una mosca.

Blanca entonces le preguntó si tenía algún problema. Laura le contestó:

—¿Problema? No. ¿Qué problema voy a tener? Ninguno. Él es así.

Cuando se enteró de la respuesta de Laura, Marcos decidió que ya no podía hacer más nada. Ariel tenía que aceptar las nuevas condiciones de trabajo, y si no las aceptaba se tenía que ir, por muy concuñado suyo que fuese.

Ariel se adaptó. Manejar era lo que más le gustaba en la vida. La sección de estiba y depósito era un galpón enorme, ocupaba muchas manzanas del puerto, cada línea de productos se apilaba en grandes sectores distribuidos en cuadrados como las manzanas de una ciudad y cada manzana estaba hecha de pilas de los distintos productos, divididas por unos pasillos angostos que eran las calles, tan angostas que apenas tenían espacio para que las minigrúas se desplazaran e hicieran sus maniobras de carga y descarga. Esas minigrúas tenían velocidad limitada para evitar accidentes de trabajo, así que Ariel no podía correr por los pasillos. Igual estaba contento: manejar vehículos era su locura, y el tablero de comando tenía tantos botones, cables, velocímetros, luces, llavecitas y controles que incluso cuando terminaba su horario de trabajo seguía conduciendo de acá para allá. Tomaba las curvas al máximo de la velocidad permitida, por la inercia se inclinaba en dirección de la curva y su cuerpo seguía. Siempre parecía estar a punto de volcar, y no volcaba. Ocupado en el manejo, no tenía que hablar con nadie y eso lo tranquilizaba. En realidad, ahora hablaba todo el tiempo con el vehículo: con la boca reproducía el zumbido del volante al girar a izquierda y derecha, el sonido de la bocina, el ruido del motor. Como en la Argentina había sido gran oyente radial del automovilismo deportivo, mientras avanzaba por los pasillos relataba esas carreras:

—Toma la punta Carlos Pairetti y sus competidores no le pueden dar alcance. Pairetti no larga la punta: es un bólido imparable. ¡Qué máquina, su Trueno Naranja, señores!

En su casa, a la hora de la cena, aprovechaba que tenía a toda la familia sentada a su alrededor y contaba las hazañas del día: cómo había esquivado a un negro que se le cruzó en una bocacalle, cómo había doblado en otra sin pisar el freno. Las historias eran idénticas, las contaba siempre de la misma manera y las terminaba siempre con la misma frase:

—Tengo un trabajo de gran responsabilidad.

A veces David y Marta se distraían en mitad del cuento y empezaban a discutir entre ellos. Durante un rato Ariel seguía hablando como si no se diera cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Pero en el momento en que Laura se levantaba para separar a sus hijos, Ariel interrumpía su frase, alzaba las manos y, cuando no lanzaba espuma de rabia por la boca o ponía los ojos en blanco, agarraba la radio, el televisor o algún otro electrodoméstico, los tiraba contra la pared y después se tiraba él mismo contra la pared, golpeaba la frente hasta sacarse sangre y terminaba por encerrarse en el baño y no salía por mucho que Laura le golpeara la puerta.

—Ariel, Arielcito, no me hagas esto, por favor salí.

Como Ariel no contestaba, Laura llamaba llorando a Blanca.

Blanca le decía:

—¿Querés que vaya para allá?

—No sé. ¿A vos qué te parece?

—Bueno, ¿voy?

Laura se quedaba callada, pensando. Después contestaba:

—Mejor no. A Ariel las visitas lo ponen nervioso.

Blanca decía:

—Ariel no se pone nervioso, Laura. Es así.

Historias de Ariel.

En la empresa había heladeras donde el personal guardaba sus almuerzos. Cada almuerzo venía envuelto en papel celofán y con una etiqueta que identificaba a su propietario. En general, todos comían sándwiches. En un momento determinado, los sándwiches empezaron a faltar. Un día le faltaba a un trabajador, otro día le faltaba a otro. Y si no faltaba el sándwich entero, faltaba una tapa de pan, una feta de fiambre, una hojita de lechuga, una rodajita de tomate. La comida no se evapora sola y ratas no podían ser, porque la rata no abre y cierra un paquete. La rata no tiene manos y no puede seleccionar lo que come: o come o no come. Así que algunos trabajadores decidieron prestar atención al asunto, organizaron unos turnos de vigilancia y al final de los turnos llegaron a la conclusión de que el que se robaba los sándwiches era Ariel. Nadie lo vio hacerlo. Según ellos, Ariel un día le robaba a uno, otro día le robaba a otro. De un sándwich sacaba una feta de jamón, de otro una rebanada de queso, de otro un poquito de atún. Iba juntando lo quitado de aquí y allá, lo ponía en una bandeja de aluminio y después sacaba un pan del bolsillo, se hacía un sándwich especial y se lo comía. Ni siquiera en un lugar apartado, escondido. Se lo comía sentado en una silla, a metros nomás de las heladeras.

Cuando para la mayoría ya no quedaron dudas de que Ariel era el ladrón, mandaron al delegado de la sección a que hablara con Marcos del asunto.

Marcos dijo:

—No puede ser cierto. Si roba él, ¿va a ser tan estúpido de comerse lo que robó a la vista de todos?

El delegado le contestó:

—¿Y eso es prueba de estupidez o de inteligencia? ¿Quién va a creer que va a comerse lo que robó a la vista de todo el mundo? Su pariente no es tonto: es el más vivo de todos. Además, nadie nunca lo vio trayendo su propio sándwich y guardándolo en la heladera.

Marcos dijo:

—Si nadie lo vio robar, para mí no robó nada. Yo pongo las manos en el fuego por él: seguro que trae su comida y la deja en el bolsillo de su saco. Por eso ni se acerca a la heladera. Pero no se preocupen: me voy a encargar del asunto.

El delegado preguntó:

—¿Y cómo?

Marcos dijo:

—Voy a hablar con él. Somos familia y a mí me va a decir la verdad. Si no robó, no robó. Si fue él, va a tener que devolver todo lo que se robó, dólar a dólar. Una feta de jamón, cincuenta centavos. Una feta de tomate, veinticinco centavos. Más o menos así. Hasta pagar la deuda.

El delegado dijo:

—Usted es el jefe. Haga como le parezca, pero conseguir que su cuñado le diga la verdad va a ser más difícil que sacar agua de las piedras.

Marcos preguntó:

—¿Y usted qué haría?

El delegado dijo:

—Si usted me deja, con un par de muchachos le hacemos un par de preguntitas en buen tono, y si se hace el tonto lo ablandamos hasta que confiese.

Marcos dijo:

—En la empresa no está bien vista esa clase de comportamientos. Primero hablo con él y después le cuento.

Cuando se fue el delegado, Marcos mandó a llamar a Ariel.

Ariel entró a su oficina fumando. Marcos le dijo que apagara el cigarrillo y lo atendió sin invitarlo a sentarse.

Le dijo:

—Me llegó el chimento de que vos te comés la comida del personal. ¿Cómo podés hacer eso? ¿No te alcanza la plata? ¿Tenés

algún problema?

Ariel se sentó en una silla, se agarró la cabeza con las manos y empezó a sacudirla a derecha e izquierda, como hacen las viejas cuando pierden a un ser querido. Del pecho le salía un quejido. Iiiiiiiiiiiiiii.

Marcos se dio cuenta de que Ariel estaba a punto de armarle un escándalo, así que trató de hacerlo entrar en razones.

Le dijo:

—Mirá, Ariel, a la mayoría del plantel de la empresa no lo conocés. Yo no digo que hayas sido vos, estoy seguro que vos no fuiste, pero ellos creen que sos vos. Si sigue faltando comida, cualquier día de estos agarran un fierro y te lo parten en la cabeza y ni te vas a dar cuenta.

Ariel no contestó. Seguía con su quejidito.

Otra vez, el mismo delegado fue a ver a Marcos.

—¿Sabe lo que pasa, Marcos? Su concuñado.

Marcos dijo:

—Otra vez, ¿qué hizo ahora?

El delegado dijo:

—Se pasa una hora por día encerrado en el baño.

Marcos dijo:

—¿Y cuál es el problema? ¿Yo qué tengo que ver? Cada cual tiene derecho a ir al baño, sentirse descompuesto.

El delegado dijo:

—No es eso, habla. Y las cosas que dice. ¿Me entiende?

Marcos pensó: "Me quiero morir. Lo único que faltaba".

Y le dijo al delegado:

—¿Se encierra con otro hombre?

El delegado le dijo:

—No, no es eso. Habla solo.

Entonces fueron los dos, entraron al baño sin hacer ruido y ahí escucharon la voz de Ariel, que retumbaba contra las paredes.

Ariel decía:

—Qué lo parió, ¿qué te pasa? ¿No querés salir? ¿Querés seguir encerrado ahí? ¡Dale, salí, que ya me duele el culo! Dios mío, qué castigo, no puedo ni ir de cuerpo, qué carajo pasa.

4

Blanca apenas reconoció a su padre al verlo bajar del avión. Ella lo había dejado flaco, casi consumido, y dos años más tarde lo tenía hecho un señor con panza. Después de la muerte de Sofía, Miriam le cocinó tanto que lo hizo engordar unos diez kilos. Para Miriam, un hombre gordo era un hombre sano. Así que Bernardo estaba bien, aunque a veces le costara un poco respirar. Pero ¿qué iba a hacer el resto de su vida en lo de su hermana y su cuñado, si sus hijas y sus nietos se habían ido a vivir a Yanquilandia?

Ese mismo domingo, apenas instalado en la casa de su hija, Bernardo fue a darse una ducha. Blanca estaba cocinando su plato favorito, falso pescado. Está hecho con harina y cebolla frita. No tiene pescado, aunque tiene gusto a pescado. Al rato de estar cocinando, Blanca vio que la puerta del baño seguía cerrada. Bernardo no salía y no salía. Entonces escuchó un ruido. Blanca empezó a gritar:

—Papá, papá.

Bernardo no contestaba. Encima había puesto la traba por dentro. Marcos fue corriendo a buscar un destornillador y terminó rompiendo la puerta para abrirla. Bernardo estaba desmayado, desplomado en la bañera: se había caído a causa del vapor y de la falta de aire.

Le hicieron una cita con el médico, que le tomó la presión y vio que la tenía altísima. Eso, a los setenta años, era peligroso.

El médico le dijo:

—Si usted sigue comiendo con sal, las venas se le van a convertir en arena. En poco tiempo no se va a acordar de nada y va a reventar de un ataque cardíaco.

Bernardo dijo:

—Bah. ¿Y eso es todo? Puedo comer con sal, como con sal. No puedo comer con sal, no como con sal. Peor era morirse de hambre en Europa y que te asesinaran los cosacos.

A Bernardo el cambio de país le vino bien, se hizo de amigos nuevos. En la Argentina se había acostumbrado a la vida cultural del club, que leían libros, pasaban películas clandestinas, prohibidas, donde se contaba sobre los progresos en el mundo, los nuevos países que se sumaban al socialismo. Había conferencias, venían invitados. Y él extrañaba todo eso, así que un día publicó un aviso en el diario, con su nombre y apellido, diciendo que buscaba paisanos de la zona de Lanovetz y Krémenets.

Al otro día un hombre llamó:

—¿Acá vive Bernardo tal y tal?

Blanca le dijo:

—Sí, es mi padre. ¿Para qué lo necesita?

Y el hombre dijo:

—Somos tres primos y nos gustaría encontrarnos con él porque según la descripción del diario seríamos paisanos.

Se encontraron, y dio la casualidad de que también eran primos de Bernardo y vivían a cuatro cuadras de la casa de Blanca y Marcos.

Al poco tiempo de conocerse lo llevaron a una sede social para gente mayor que venía de Europa. Ahí todas las semanas había reuniones y Bernardo se sintió revivir. El club tenía una línea parecida a la del club argentino, traían gente, periodistas, alguien que había escrito un libro. Armaban ciclos culturales. Llevaban músicos. Si venía un coro de Rusia, alquilaban un teatro para que dieran algún concierto. También pasaban proyecciones de películas del cine soviético, aunque Bernardo prefería las de la primera época, más revolucionarias. Las nuevas eran a todo color, tenían muchos simbolismos y cosas rebuscadas. Los domingos, si el tiempo estaba bien, Bernardo salía a andar en bicicleta, o tenía algún almuerzo, o una cena, o la celebración de algún levantamiento de partisanos contra los nazis durante la Segunda Guerra Mundial. En fin, estaba ocupado. Le escribía a su hermana Miriam:

"No era mi idea venir a los Estados Unidos, el corazón del capitalismo, pero ya que acá están los hijos, me conformo".

Miriam le contestaba:

"Acá estamos todos bien gracias a Dios, los nietos bien, los hijos bien, el ánimo como siempre".

Después le hablaba de su salud (varices, corazón, pulmones, vista) y se despachaba contra su marido. Bernardo le contestaba:

"Miguel tiene su temperamento. Con él tenés que tener la misma paciencia que tiene Laura con su marido. ¿O vos te creés que tu Miguel es peor que el Ariel de mi hija?".

Bernardo tenía razón. Con los años Miguel se había ablandado y lo único que pretendía era que le pusieran un plato de comida en la mesa y lo dejaran tranquilo.

5

Cuando Bernardo llegó a los Estados Unidos, Ariel ya había dejado de trabajar con Marcos. En su casa dijo que en esa empresa le cortaban las alas y que él estaba para cosas más importantes.

Después de unos días de buscar empleo, convenció al tesorero de una sociedad de beneficencia.

Le dijo:

—En vez de ayudar a un pobre a que no se vuelva indigente, es mejor darme la plata a mí para que me vuelva millonario y monte empresas que le van a dar trabajo a muchos pobres.

El tesorero le dijo:

—Está bien, cuando pueda me la devuelve.

Ariel dijo:

—Con intereses se la voy a devolver.

Con la plata prestada, Ariel puso un puestito callejero de hot dogs y hamburguesas en el barrio latino. Laura atendía a los clientes y Ariel cocinaba. Blanca iba a ayudarlos todos los días y se encargaba de la caja. Marcos fue una vez a probar la comida del puesto y le pareció una porquería. Se lo dijo a Ariel:

—¿Qué estás haciendo? La salchicha está reventada al medio a fuerza de hervirla, la carne de las hamburguesas está quemada por fuera y cruda y helada por dentro.

Ariel le contestó:

—Yo sé lo que hago. El gusto americano es así. ¿Quieren comer basura? Van a comer basura.

Marcos no dijo nada. Bastante tenía ya con que su mujer pasara las mil y unas para ayudar a la hermana. Blanca iba todos los días a buscar a Laura para llevarla al puesto. Hacía doble viaje, porque primero dejaba a Marta y David en sus colegios. En realidad, a David

lo pasaba a buscar un ómnibus especial, a Marta no porque iba a un colegio común. Ariel se levantaba a la madrugada y no volvía hasta la noche, así que no se ocupaba de sus hijos ni hablaba con ellos, y cuando hablaba era para gritar.

A veces, Laura llamaba a Blanca y le decía:

—Vení por favor que Ariel está muy nervioso y está rompiendo cosas.

Blanca le decía:

—Pasámelo al teléfono, a ver si lo tranquilizo.

Laura decía:

—No, no, vení porque nos va a matar.

Y entonces Blanca subía a su coche, cruzaba la ciudad.

Laura la esperaba en la puerta, con los hijos.

Bernardo empezó a acompañar a Blanca en esos recorridos. De día o de noche. Además, se quedaba muchas horas en la casa de Ariel y de Laura. Y en los momentos en que Ariel rompía cosas, trataba de calmarlo:

—¿Qué estás haciendo? ¿Qué ejemplo estás dando? Estás destruyendo a la familia, ¿adónde vas a ir a parar? Pensá en los chicos, ¿quién te va a tener respeto?

Ariel agachaba la cabeza, decía: Sí, sí, Bernardo. Al rato volvía a empezar.

Bernardo decidió entonces mudarse a lo de Laura para ver si podía calmar un poco el ambiente. Iba los lunes y se quedaba hasta el viernes. Dormía en un catre.

Ariel salía a las seis de la mañana y Laura había conseguido trabajo en una oficina, entonces estaba tranquila de que su padre se ocupara de las criaturas.

Bernardo los levantaba, les preparaba el desayuno, después los recibía y les daba de comer. Cuando él estaba, Ariel no gritaba. Se sentaba a la mesa, cortaba el pan con las manos y contaba cómo había sobrevivido a una infancia miserable, cómo en la Argentina había enfrentado a los cretinos y a los idiotas que le querían robar.

Ariel decía:

—Acá en los Estados Unidos de América voy a volverme millonario, qué millonario, multimillonario me voy a volver. Ahora el

mundo va a ver quién soy yo. Ahora van a aprender a respetarme.

Bernardo no decía nada. Pero cuando le escribía a Miriam ponía lo que pensaba: "¿Cómo puede ser este hombre? No le interesa nada. Ni el mundo, ni la política. No tiene ideología. Es él, él, y nadie más que él".

Miriam le contestaba:

"Yo le dije a Laura que no le convenía y no me escuchó".

A Laura, Bernardo nunca le hizo ningún comentario sobre Ariel, ella le decía como disculpándose:

—Ariel es así.

Y Bernardo pensaba: "Sí, será así, ¿pero los chicos qué culpa tienen?".

Entonces trataba de hacer de padre. De David se había ocupado mucho desde el jardín de infantes. Las maestras habían querido sacarlo diciendo:

—Esta criatura va a matar a los demás.

A los de la comisión directiva del jardín Bernardo les decía:

—Es chico, ya de grande se le va a pasar. Yo me ocupo. Si rompe algo, lo pago.

Pero cuando nació Marta, entre que Sofía estaba enferma y Laura tenía que ocuparse de los dos hijos, David dejó de ir al jardín.

En los Estados Unidos, el día que Laura quiso anotarlo en la escuela primaria, le dijeron:

—Tiene que ir a un colegio especial y va a tener que tomar medicación durante toda la vida, porque si no su mente va a crecer hasta un punto y después va a empezar a retroceder.

Laura dijo:

—¿Tiene cara de anormal, de retardado? Es un chico lindo, precioso. No hay chico más lindo que él. ¿Qué es un lugar especial? Yo no lo voy a mandar ahí.

La asistente social le explicaba que el peligro era que si no tomaba la medicación, en lugar de ir para adelante, iba a quedarse con la mentalidad de una criatura de cinco años.

Laura no quería ni escuchar esas opiniones. ¿Por qué? Porque en lo suyo Ariel funcionaba. Y Laura sabía que el hermano de Ariel tampoco era una luz y trabajaba y mantenía a su familia.

Decía:

—¿Por qué David no va a ser igual que los demás? El padre salió para adelante, él va a salir para adelante también.

Si la asistente social insistía con sus argumentos, Laura no levantaba la voz como Ariel, pero contestaba:

—No sé por qué dicen que no puede ir a un colegio común y corriente. Si tiene que ir a otro lugar, seguro que lo van a tratar mal. Para eso prefiero que se quede en casa.

Pero todo el mundo le decía que un chico tiene que estar con otros chicos y que él tenía que estar con otros como él.

Laura se enojaba más:

—Nadie es como nadie y él es como es.

Ese año David dejó de tomar los remedios. A las clases ya no iba. A Laura nada le parecía raro de su hijo. Lo único que le llamaba la atención era su costumbre de lavarse las manos todo el tiempo.

David creía que las toallas estaban sucias, llenas de gérmenes, de microbios, y para secarse usaba unos rollos de papel de cocina que Laura compraba en negocios mayoristas, pilas de rollos que tenían que guardar en el sótano. ¿Qué no hace una madre por su hijo?

Un día, la asistente social llamó a Blanca: en una reunión de padres de criaturas como David, Laura había empezado a atacarla diciendo que su hermana se metía en su vida, que nadie le había pedido que le comprara los muebles de su casa y pasara a buscar a sus hijos para ir al colegio, que su propia madre, Sofía, siempre la había preferido a Blanca y que ella se había cansado de ser la muñequita tonta, la estúpida que siempre hacía lo que decía la mayor.

Blanca dijo:

—No puede ser, no puede ser. ¡Si ella me pide que vaya cuando Ariel grita!

La asistente social le recomendó:

—Deje de llamarla por teléfono todos los días para ver cómo anda todo, no pase más a buscar a sus sobrinos para llevarlos al colegio, no le haga más los mandados, no la lleve al doctor. Deje que su hermana se ocupe de sus propios asuntos. Usted no se adelante a resolverle la vida.

Por culpa de esa situación, Blanca empezó a tener problemas de presión arterial y fue a atenderse a lo de su médico, que también era argentino, integrante de su círculo de relaciones. Era el mismo que había atendido a Bernardo cuando llegó de la Argentina, y al que antes había llevado a Laura para hacerla bajar de peso.

A Laura, el médico le había hecho todos los estudios y conversó mucho con ella, después llamó a Blanca:

—Yo no puedo ayudarla a cuidarse. Ella tiene muchos problemas, no puede ni pensar en bajar de peso.

Blanca se sorprendió, porque no sabía cuál era la situación de Laura, estaba recién venida de la Argentina.

El médico le dijo:

—No pienses tanto en tu hermana, pensá mejor en tu salud. Vos ya tenés cuarenta años, ella es más joven que vos, tus chicos crecen, mejor andá distanciándote porque te vas a volver loca de vivir la vida miserable que Laura está viviendo.

Blanca le dijo:

—No puede ser, ¿qué le está pasando?

El médico le dijo:

—¿No te diste cuenta? ¿Ni te imaginás lo que pasa en esa casa?

6

Cuando David cumplió trece años, Ariel le dijo a Laura:

—Yo lo voy a llevar con una puta para que le vea la cara a Dios.

Nunca lo llevó: Ariel cuidaba mucho la plata. Igual, más tarde la gastaron tratando de que entrara a la universidad.

David fue a un preparatorio, después entró no a una universidad sino a algo parecido, estuvo un año lejos de su casa, dejó de tomar los remedios y no se concentraba, no había nadie que lo supervisara, así que cuando terminó el año las autoridades le escribieron a Laura:

"No vale la pena que su hijo siga acá, no va a poder avanzar en sus estudios. Es mejor que vuelva a Nueva York con ustedes, ahí no faltan colegios para alguien como él".

David volvió a su casa y se anotó por correo en varias universidades de la zona. Para inscribirse había que hacer giros, así que Laura mandó el dinero y lo aceptaron en todos esos lugares. Después, cuando llegó el momento de cursar las materias, David no fue.

Apenas se enteró, Ariel empezó a gritar:

—¡Este chico es un gastadero de plata! ¡No se qué hacer con él!

Entonces Bernardo le dijo a Ariel que se calmara y a David le preguntó qué iba a hacer, porque el que no estudia tiene que trabajar. David ni contestó. Ariel dijo:

—Yo trabajo desde los tres años. Va a trabajar conmigo.

Ariel hacía de visitador automotriz. En su coche llevaba carpetas con fotos de repuestos, los mostraba en una concesionaria, otra concesionaria, y tomaba los pedidos. David iba en el asiento de acompañante. Al padre lo ponía nervioso estar todo el día con el hijo y al hijo lo ponía nervioso estar todo el día con el padre. Dos meses, tres meses más tarde, David no quiso acompañarlo más.

Ariel le decía:

—Vení, vamos, vas a aprender el oficio. Tenemos que ganar mucha plata. ¿O qué te crees, que la vida es gratis?

Pero David no quería y Ariel no podía obligarlo por la fuerza. David era grande y alto y subía y subía de peso. Si se sentaba encima de Ariel, lo aplastaba. Y ya empezaba a usar campera, gorro, a estar tapado. Hasta en su casa usaba campera.

Bernardo decía:

—No quiere trabajar, no quiere estudiar. Si se va a quedar todo el día en la casa, es mejor que tome los remedios, va a estar mejor.

Pero según David, él no precisaba nada. Y se ponía nervioso por cualquier cosa, tenía sus caprichos. Y a Ariel lo ponía nervioso que David se pusiera nervioso, así que estaban nerviosos todo el tiempo.

Una noche, Laura llamó a Blanca llorando:

—Ariel está rabioso, rabioso. Vení a a buscarme porque me va a matar.

Marcos le dijo a Blanca:

—En esta familia nadie va a matar a nadie, ¿por qué no le hacés caso a la asistente social y dejás que se arreglen?

Blanca le dijo:

—Es mi hermana y ella me llamó.

Así que los dos se vistieron y fueron volando hasta la casa de Laura. Cuando llegaron, la puerta estaba abierta y los gritos de Ariel se oían desde la calle:

—A mí me van a respetar, carajo. ¿Qué pasa que todo el mundo está en mi contra? ¿Qué mierda les pasa a todos, o no saben quién soy yo?

Blanca y Marcos entraron. Bernardo trataba de calmar a Ariel, le hablaba en voz baja, le decía:

—¿Qué te pasa, Ariel? Controlate. Vas a llevar a la ruina a tu familia. Sos una desgracia para todos. Calmate. ¿No te podés calmar?

Ariel ya había roto la mitad de los muebles cuando Blanca le habló porque Laura lloraba tirada en el piso. Ariel le ordenaba:

—Levantate.

Laura decía:

—Dejame, dejame, me quiero morir.

Y Ariel:

—Levantate.

Laura se levantó y Ariel alzó la mano, puede ser que fuera para ayudarla a pararse, pero Blanca pensó que era para pegarle a la hermana y quiso ponerse en el medio para defenderla. En el apuro tropezó, o Ariel la empujó para correrla, y entonces Blanca se golpeó la cara contra la mesada de mármol de un aparador y empezó a sangrar.

Marcos creyó que Ariel le había pegado a su esposa y llamó a la policía. La policía llegó, se llevó a Ariel porque hubo un hecho de sangre, si no hay sangre la policía no puede intervenir, si una gotita se derrama tienen que actuar.

Mientras se lo llevaban, Ariel discutía con la policía:

—No me pueden llevar así, yo no hice nada, ustedes no saben quién soy yo, van a tener problemas.

Los policías trataban de calmarlo:

—Sí, señor, ya sabemos quién es usted, lo llevamos para protegerlo, va a estar bien.

Ariel estuvo encerrado en un hospital. En esos días la asistente social le dijo a Laura:

—Ariel no tiene que volver más a su casa y le tiene que devolver la llave. Y si no se la devuelve, usted cambia la cerradura. Que toque el timbre todo lo que quiera, usted no lo deja entrar.

Igual, Laura fue a visitarlo. Y Blanca y Marcos también. Blanca estaba con la cara completamente hinchada y tenía que respirar por la boca, y con la cara en ese estado, toda deformada, Ariel tenía que darse cuenta de la situación, por lo menos averiguar cómo estaba. Pero en lo que duró la visita Ariel ni le preguntó cómo se sentía. Dijo que la comida en el hospital era una porquería, que las enfermeras eran unas sucias que no limpiaban el baño, el lugar daba tanto asco que él no podía ni ir de cuerpo.

—Llevo una semana sin cagar. ¿Es justo que le hagan eso a un hombre como yo?

Cuando salieron del hospital, Blanca le dijo a Marcos:

—Siempre es él, él y nadie más que él. No lo quiero ver más en mi vida y no le quiero hablar nunca más.

Los nietos más chicos eran la alegría de Bernardo, pero en lo de Laura y Ariel había tantos problemas que recién los fines de semana, en lo de Blanca y Marcos, tenía un poco de tranquilidad. Durante toda su juventud, su gran entretenimiento habían sido los arreglos y las reparaciones. Y en la vejez seguía igual. En su casa, Blanca le había habilitado una piecita al lado del garaje para que la usara de taller. Ahí estaba la máquina de cortar pasto, la máquina de palear nieve. Ahí tenía sus herramientas, sus pinzas, sus tenazas, sus clavos, sus martillos. Él no se podía quedar quieto. Cuando salía del taller, iba y se sentaba en una silla en el patio. Desde el patio miraba el fondo de la casa, un jardín con dos árboles, una acacia y un eucaliptus, y en el medio una parrilla a gas donde hacían los asados. A Bernardo le parecía que en el jardín había mucho espacio desaprovechado, y un día le dijo a la hija:

—¿Qué te parece Blanca si compramos semillas de tomate y las plantamos?

Blanca le dio el gusto, total, y lo ayudó a plantar. Cuando las plantas crecieron Bernardo las atendía, se agachaba para cortar las ramitas mustias, para ver cómo crecían los tomates.

Un día, por la mañana, estaba en la cama y no se pudo levantar:

—No sé qué me pasa, deben ser los riñones.

Como el dolor era tremendo todos creyeron que debía ser una hernia de disco.

Lo internaron de urgencia.

En el hospital, Bernardo decía:

—Yo levanté cosas pesadas, como si hubiera trabajado en un puerto. Máquinas de tejer, la urdidora, rollos de tela...

En el momento de la operación, tuvieron que llamar a un cardiólogo porque tenía el corazón agrandado y no estaba latiendo

bien. El cardiólogo recomendó ponerle un marcapasos.

Al salir de la cirugía, Bernardo le dijo a Blanca:

—¡Mirá la novedad! ¿Ahora se cuentan los latidos del corazón? ¿Para qué? Cuando un corazón anda, anda. Cuando deja de andar, todo se acaba.

Y siguió plantando tomates, aunque el doctor se lo había prohibido porque no tenía que agacharse. Se traía una silla, y sentado cuidaba las plantas. En invierno y verano.

7

Cuando Ariel salió del hospital, estuvo dando vueltas alrededor de Laura. Como guardaba la mercadería en el sótano de su casa y el sótano tenía una entrada independiente, ella le hizo una copia de la llave y Ariel entraba y salía sin ver a su familia. Había alquilado una pieza a pocas cuadras y llamaba todos los días:

—Quiero volver a mi casa. ¿Por qué me hacés esto? ¿Qué te hice yo?

Laura le contestaba:

—La asistente social me dijo que mejor no nos veamos.

Ariel se enfurecía:

—¡Yo soy tu marido! ¿Qué tiene que decirte la asistente esa lo que tenés que hacer vos?

Y le colgaba el teléfono.

Después, Laura llamaba a la asistente y le decía:

—Me da lástima mi marido, no lo puedo ver sufrir así.

La asistente al final le dijo:

—Si usted lo ve mejor y quiere averiguar si él puede volver con ustedes, haga la prueba y salgan, vayan a tomar algo y no lo haga entrar a su casa. Prueben de novios.

Y un día Laura salió con Ariel, salió otro día, y, vaya a saber qué le prometió él, al final ella le devolvió las llaves. Y todo siguió como hasta entonces.

La primera vez que Blanca volvió a encontrarse con su hermana después de la noche que Ariel terminó internado, fueron a tomar un té. Laura todavía trabajaba en la oficina y entraba y salía de su casa cuando quería, a Ariel no le importaba con tal de que trajera plata. Lo peor vino a partir de que Laura dejó de trabajar y se convirtió en una esclava de David. Pero esa vez que se encontró con Blanca,

Laura tenía otra preocupación: Marta había terminado el secundario y se había puesto de novia con Jonathan, un chico vecino que la ayudaba en sus deberes. Como ella no podía estar ni un segundo en su casa porque se peleaba con David, se pasaba horas con Jonathan, hasta que se enamoraron. Marta se casó con él y se fueron a vivir a otro estado.

Apenas la hermana dejó la casa, David se apropió de su cuarto y lo usó para guardar papel. Juntaba diarios, pilas de diarios que llegaban hasta el techo. ¿De dónde los sacaba? Nadie sabe. ¿Los leía, no los leía? Tampoco. Las pilas se acumulaban. Cuando llegaban hasta el techo, Laura sacaba los diarios a la calle del fondo para que se los llevara el camión de la basura. Pero David se enojaba con su madre y seguía juntando. Entonces Laura le hizo prometer que sería más cuidadoso, y David empezó a atar los diarios, hacía paquetes para que estuvieran ordenados. Los paquetes desbordaban, se caían, y Ariel los llevaba al sótano y los guardaba ahí o los vendía. Total, David seguía juntando. Montones y montones. Y empezó a meterlos también en su cuarto hasta que no se pudo ni pasar. Había hecho un caminito para ir a la cama y tener la puerta libre, y al final la cama también terminó tapada. David dormía en el piso o sobre los paquetes. Igual, el colchón ya estaba vencido, los resortes rotos por el peso de su cuerpo.

A veces Laura le decía a Ariel:

—Tenés que decirle algo, hacer algo. Tantos gritos que le pegabas de chico, y ahora que es grande ni te le acercás.

Ariel decía:

—¿Qué hago si me levanta la mano?

Laura decía:

—Le hablás, le decís que se tranquilice. Es tu hijo.

Ariel decía:

—Es mi hijo y no me escucha. Todo el mundo me escucha cuando hablo, menos él.

Laura decía:

—Le hablás hasta que te escuche.

Ariel decía:

—¿Y si agarra un cuchillo le hablo también?

Blanca escuchaba las historias de Laura, siempre las mismas, y siempre le decía:

—Vos te vas al trabajo, Ariel se va al trabajo, un día David prende un fósforo para hacerse la comida, salta una chispa y se incendia todo el barrio. ¿Por qué le permitís?

Y Laura le contestaba:

—¿Y qué querés que haga? ¿Que lo meta en un lugar lleno de retardados? ¿Tiene problemas? Todo el mundo tiene problemas.

Blanca no contestaba. ¿Qué iba a decir? Una madre es una madre.

Bernardo se enteró de que su cuñado había muerto en Buenos Aires por una carta que le mandó Miriam. Aunque siempre había tenido una salud de hierro, en los últimos tiempos Miguel andaba un poco flojo del estómago. La vejez no viene sola.

El día que cumplió ochenta años, le había dicho a Miriam:

—Quiero que me hagas un cogotito de pollo relleno.

El cogotito de pollo es una comida tradicional: se corta el cogote de un pollo, se lo vacía sacándole la carne y los huesos y queda solo la piel del cogote que se rellena con carne de vaca y cebolla picadas fritas, arroz o trigo y especias. Después se fríe el cogotito con aceite o manteca hasta que queda bien dorado.

Cuando Miguel le pidió que le cocinara ese plato, Miriam le contestó:

—¿Qué estás diciendo? ¿Te pensás que tenés veinte años y podés comer cualquier cosa? El cogotito de pollo relleno es una comida muy pesada, la grasa del cogotito se te va a enfriar en la panza y te va a hacer mal a los intestinos.

Miguel insistió:

—¿Y a vos qué te importa si el que la va a comer soy yo?

—Está bien. ¿Querés tirar la casa por la ventana y tirarte después vos? Después no digas que no te avisé.

Y le cocinó el cogotito, y Miguel lo comió y le cayó pesado.

Esa noche no pudo dormir del ardor de estómago, y a la madrugada vomitó hasta lo que no había comido.

Después ya no se levantó de la cama. Venían los médicos, venían los hijos a visitarlo, los nietos, y él nada, ya no se quería levantar. Apuntaba con un dedo a Miriam y decía:

—Ella me mató.

Y siguió apuntándole con el dedo hasta que murió.

Lo enterraron en el cementerio, al fondo, en la parte antigua, cerca de sus padres. Miriam no fue porque la flebitis no la dejaba caminar y el cortejo hasta la fosa tenía que recorrer más de un kilómetro.

Ahí está Miguel, con algunas piedras sobre su tumba.

Después que Miguel murió, Miriam les decía a sus hijos y a sus nietos:

—Yo no sé qué hace Dios que me dejó sola y no me lleva. Debe haberse olvidado de mí.

Bernardo fue el que más sufrió la muerte de Miguel. Habían vivido casi toda la vida juntos, muchas veces sin hablarse, pero en el fondo eran como hermanos. Así que le contestó la carta a Miriam:

"Miguel tenía un corazón de oro y muy mal carácter. No sabía hacerse querer".

Ahora que Miguel había muerto, Bernardo ya no tenía nadie para hablar de política como a él le gustaba, de verdad. A veces se sentía mareado con las noticias de los diarios: el socialismo era el faro, la luz del mundo, el futuro de la humanidad, y de golpe se derrumbaba. ¿Qué pasó? ¿Qué venía ahora? Lo único que había era capitalismo, capitalismo. ¿Y qué era el capitalismo? Una galopada de jinetes cosacos que destruían todas las cosas buenas, arrojaban a la gente a la miseria, mataban criaturas, violaban vírgenes y viudas, empalaban campesinos y quemaban las cosechas. Toda la vida soñando con ver al imperialismo yanqui de rodillas ante la Unión Soviética y ahora veía a los dirigentes soviéticos con los sombreros en la mano, mendigando limosna y hablando de los errores de Stalin, arrepentidos por haber creído en el comunismo. Stalin. Ahora Stalin tenía la culpa de todo. ¿Qué? ¿Había cometido errores? Había cometido errores. ¿Quién no comete errores? ¿Hay alguien perfecto acaso? ¿Y Trotsky qué? ¿No se había equivocado nunca? También se equivocó. Si todo seguía así, pronto se iban a meter con el mismísimo Lenin. ¿Nadie se acordaba ya cómo era Rusia antes de la Revolución? ¿En qué planeta estaba viviendo? Un mundo de oscuridad.

Bernardo dejó de comer como venía comiendo. Bajó de peso. Blanca lo llevó al médico, que lo revisó. Cuando se estaba

cambiando, el médico la llamó a otra sala:

—No me gusta nada, hay algo raro en el páncreas o el estómago. Le vamos a hacer más estudios.

Blanca acompañó al padre a los estudios y vio cómo le sacaban líquido de la médula espinal. La aguja y la jeringa eran gigantes, y Bernardo pegó un salto, un grito.

—Fue peor que el día que el caballo me pisó la cabeza. Nunca en la vida, un dolor así.

En los estudios salió que tenía artritis en algunas venas del cerebro. Le dieron una droga muy potente, una pastilla que en general liquida a los viejos, pero a los que les cae bien, les cae bien.

Apenas Bernardo empezó a tomar las pastillas, recuperó el buen humor, la memoria, todo. Y aunque tuvo que ponerse el marcapasos, salió bien de la operación.

8

Mientras Laura tuvo su trabajo, tuvo su independencia. Era un trabajo con mucha gente, cada cual tenía sus dificultades, y ahí se dio cuenta de que su vida era como la de todos, ni mejor ni peor. El único problema era su hijo. David aparecía muy seguido por la oficina y le armaba escándalos, gritaba, hacía esas cosas porque quería comprar diarios y revistas. Laura trataba de calmarlo, le decía que en la casa tenía diarios y revistas hasta el techo.

—Davidcito, entendeme, no puedo gastarme todo el sueldo en tus diarios y revistas. ¿Leés? ¿Te gusta leer? Uno lee, de algunas cosas se acuerda y de otras cosas se olvida. Probá algo. Volvé a leer lo que ya leíste. Si todo te queda en la cabeza, entonces te compro más diarios y revistas. Si no, las volvés a leer.

Pero David seguía y seguía, insistía hasta que Laura terminaba aflojando y le daba plata para sacárselo de encima, porque estaba trabajando.

Al final su jefe la encaró:

—Laura, él no puede venir acá a hacerle esas escenas.

—¿Y qué quiere que haga?

—Le dice que este es su trabajo y que no puede venir a interrumpirla. Si no voy a tener que decírselo yo y va a ser peor, porque quien va a pagar las consecuencias es usted.

Entonces Laura habló con David y lo convenció de que si seguía yendo a su trabajo iban a terminar por echarla y no iba a tener ni un dólar para darle, así que él no apareció más por ahí.

Cuando más adelante Laura dejó su trabajo para ocuparse de su hijo y su marido, David se puso más difícil. Mientras ella trabajó, David comía lo que Laura le dejaba cocinado. Aunque si salía a caminar y veía una liquidación de manzanas, compraba un cajón y

comía manzanas día y noche hasta que se le acababan. Y si la otra semana el supermercado ponía en liquidación una marca de gaseosa, mañana tarde y noche él tomaba de esa marca. En su casa también comían mucha comida congelada y David empezó a engordar. Engordó tanto que ya no se dejaba ver por nadie.

Durante el día se encerraba en su cuarto y salía de noche, con esa campera y ese gorro que usaba. Nadie sabía adónde iba o qué hacía. ¿Quién lo iba a acompañar?

Aunque todavía no estaba en edad de jubilarse y en su compañía estaba muy bien vista, Laura consiguió una pensión y un seguro médico para ella y el marido. Para David no, porque David tenía un cheque del gobierno, como todos los que están en su situación. Entonces dejó el trabajo y se volvió una esclava del hijo. Cuando él se levantaba de dormir o iba a comer, ella no podía estar en su presencia: se tenía que ir de la cocina, encerrarse en el cuarto, ir al living a mirar televisión o estar leyendo, horas así. A David nadie lo podía parar. Juntaba papeles y papeles, y como salía a la calle temprano, si veía un diario en la puerta de la casa de alguien, también se lo llevaba.

Una vez lo vio un vecino, lo siguió, habló con Laura y le advirtió que si su hijo seguía haciendo eso él iba a llamar a la policía.

Laura dijo:

—Yo le doy plata para comprar, él no tiene que sacar.

Y le dijo:

—David, si seguís así te van a llevar preso.

Hablar con él era como hablar con una pared. O se quedaba duro, sin contestar, mirando para cualquier parte, o empezaba a romper cosas, tirarlas al piso, patearlas, pisarlas. Blanca seguía llamando a Laura, por lo menos una vez por mes, después de todo era su hermana, y Laura solo podía hablar desde la cocina cuando David no estaba ahí. O cuando él dormía. Había que ajustarse a lo que David quería. Si leía el diario o hacía como que leía, no podía zumbar ni una mosca.

Una vez Blanca arregló con Laura para ir a tomar algo. Fue en coche, tocó bocina: Laura no salió.

Al volver a su casa recibió un llamado de Laura:

—Blanca, por favor, no vengas más a buscarme por la parte de adelante porque David cierra la puerta con llave y no me deja salir. Vení por atrás, que él no vea tu coche.

En la parte de atrás de la casa estaba el depósito de Ariel, y atrás del depósito había una callecita donde los vecinos dejaban la basura.

Blanca se acostumbró a buscar a su hermana por allí. A veces Laura salía, otras no salía. Porque si se le ocurría probarse un vestido nuevo David se daba cuenta de que estaba por salir. Por eso, a veces se ponía un vestido no tan nuevo y hacía como que iba a sacar la basura, y aprovechaba para escaparse un rato.

Subía corriendo al coche y decía:

—Menos mal que Davidcito no me vio.

Y cuando volvía, capaz que David estaba durmiendo, o capaz no. Porque dormía de día y veía televisión de noche. Le encantaba. Cambiaba de canal todo el tiempo, buscando los programas de preguntas y respuestas. Contestaba antes que los participantes. Nadie sabía si acertaba o no, porque no se le entendía lo que decía.

Unos meses después de que murió Miguel, Miriam cumplió ochenta años. Los hijos le quisieron hacer un festejo, ella dijo que no había nada que celebrar.

—¿Gastar plata en una vieja? ¿En una viuda? ¿Para qué?

Aunque los hijos y los nietos y las nueras iban a visitarla y ella los llamaba todos los días por teléfono, ahora que vivía sola le resultaba difícil dormir. Se acordaba mucho de su madre. Dos por tres iba al aparador a buscar la foto del cruce del Atlántico. Betsabé estaba de perfil, vestida de negro, con la vista clavada en algún punto del horizonte, o perdida. Por el puño del vestido le asomaba la punta de un pañuelo que Betsabé usaba para secarse los ojos y sonarse la nariz. Miriam tenía guardado ese pañuelo en una cajita de cartón, perfumado con lavanda.

Además de ropa, también guardaba otras cosas en los cajones: relojes que no funcionaban, adornos de vidrio, llaves, anillos, las cartas de Bernardo, fotos carnet de los nietos, billetes rusos y polacos, plata argentina que hacía años que había salido de circulación y que nunca usó porque sus nueras le hacían las compras. Ahora que vivía sola, tenía mucho que recordar: los cosacos que entraban a caballo en el pueblo, gritando y quemando las casas, los frascos de pepinos agridulces en conserva guardados en el sótano, las papas que enterraban en verano y que había que buscar rompiendo la capa de hielo en el invierno, cuando ya no quedaba nada para comer. Y después: los vivos y los muertos, las sequías en Santiago del Estero, la pobreza.

Cada noche se acostaba en la cama y pensaba: "Me acuesto y no me levanto".

Se le había empezado a formar como una especie de nube alrededor de los ojos grises acerados y tenía la mirada más fuerte

que nunca, ni se la podía mirar de frente. Había que bajar la vista. Además, decía cosas que nadie quería escuchar.

Ella decía:

—¿Qué? ¿Me voy a tener que callar toda la vida? ¿Estoy mintiendo acaso?

Los hijos la llevaron a lo de un médico, que le dio unas pastillas. Miriam se tranquilizó. Cada tanto les pedía a Daniel, el mayor de sus nietos, o a Fabiana, la segunda, que fueran a su casa, ahí los sentaba, les preparaba un café con leche con galletitas, les daba una lapicera, un cuaderno de la época de la escuela de Saúl, el padre de ellos, y les dictaba su testamento: repartía los cubiertos, la vajilla, las sillas, la mesa, la cama, la ropa, las sábanas, los paquetes de comida, entre sus hijos, sus nietos, sus nueras. A Raquel, la primera esposa de Saúl, le dejó una planta que hasta el día de hoy Raquel cuida y riega. A Chela, la segunda, nada.

En su testamento Miriam decía que había vivido una vida muy feliz y llena de satisfacciones porque vio crecer a sus hijos y sus nietos, que ya estaban grandes y sanos y eran de muy buen corazón. Todo había sido tal como se lo prometió Dios cuando se le apareció un día, tenía veinte años, en Santiago del Estero.

Ella le preguntó:

—¿De mi vientre o del vientre de mi vientre va a venir el Rey del Mundo?

Y Dios le dijo:

—Vos vas a unir a tu familia y vas a vivir para ver cómo tu familia crece y prospera. Hasta que no veas a tu familia bien, tus hijos y nietos casados, vos al mundo no lo vas a dejar.

9

Bernardo estaba preocupado, todo el tiempo le decía a Laura:

—¿Qué están haciendo? ¿Cómo no hacés nada? Con Ariel ya no cuento, con él no se puede hablar. ¿Pero vos? Vos de David sos la madre. La pieza de Marta llena de diarios. La pieza de él llena de diarios. No duerme como una persona normal. No come como una persona normal. No se baña como una persona normal. No se seca el cuerpo como una persona normal. Eso no se va a arreglar por muy grande que sea la casa nueva que ustedes compren. ¿Quieren mudarse, comprar una casa más grande? Va a haber más lugar para más diarios. Cuando esa casa nueva se llene, van a buscar otra más grande. Y así, ¿hasta dónde va a llegar esto?

Igual, todos los domingos Laura y Ariel se subían al coche y salían a recorrer los distintos barrios y a mirar propiedades: grandes, chicas, medianas, lo que fuera. Querían mudarse. Y si no les gustaba lo que veían, por lo menos paseaban, se distraían.

Un día Blanca tuvo que internarse para que la operaran de urgencia: apendicitis. Mientras, Bernardo se quedó a vivir en lo de Laura y Ariel. Ya habían pasado las épocas en que andaba de acá para allá en bicicleta. Ahora caminaba poco, tenía mala circulación, calambres, la sangre no le llegaba bien a los dedos de los pies. Si tenía que caminar en la calle, iba siempre despacio, agarrado del brazo de alguien. Daba un paso, apoyaba el pie, descansaba, después el otro pie. Y así hasta hacer una cuadra. Su memoria flaqueaba. A veces se perdía. Así que ni por una cosa ni por la otra podía salir solo.

Una mañana de primavera, Blanca llamó a Bernardo, que estaba en su sillita del patio:

—Papá, ya se está levantando viento, vení, entrá.

Bernardo no contestó, Blanca pensó que él no la había escuchado. Como estaba ocupada con las cosas del almuerzo, se olvidó. Al rato se acordó y lo volvió a llamar:

—Vamos, papá, que está refrescando.

Blanca pensó: "Está dormido al sol".

La tercera vez que lo llamó y no respondió, Blanca salió al patio, se acercó a Bernardo y vio que tenía los ojos abiertos. Lo sacudió y no contestó. Blanca empezó a gritar y apareció Marcos y llamó a la ambulancia. Cuando llegó la ambulancia Bernardo ya se había despabilado un poco. Había sufrido un derrame cerebral. Puede pasar en distintas partes del cerebro. Si es masivo, uno queda paralizado. Si no es masivo, depende de en qué parte pasó, influye en la manera de caminar o de hablar.

Bernardo estuvo en el hospital un par de días y salió más débil, había que ayudar a bañarlo.

Otro día, Blanca se distrajo y Bernardo aprovechó para ir dar una vuelta a la manzana solo, pero se cayó y se le rompieron los anteojos. Cuando Blanca se dio cuenta de su ausencia salió a buscarlo y lo encontró acostado en un umbral, la cara cortada, sangre: él ni se había dado cuenta. Otro derrame.

El principio del fin fue cuando se quedó ese par de semanas en lo de Laura y Ariel.

Ahí, en casa de ellos, entre tantos diarios y revistas no había lugar y tuvo que dormir en un catre, cuando el cuerpo no le daba para más.

Una noche que tuvo que bajarse del catre para ir al baño se chocó el dedo pulgar del pie contra una puerta. No dijo nada porque ya estaba acostumbrado.

Pensaba: "¿Qué? ¿A mí me pasó la rueda de un carro por la cabeza y ahora voy a quejarme por un golpecito en un dedo? Un golpe es un golpe".

A la semana, dos semanas, Blanca fue a buscar a su padre para llevarlo a su casa. Y esa noche, cuando Bernardo se descalzó, Blanca vio que tenía el dedo hinchado, rojo, y lo llevó al médico, que lo internó en un hospital.

En el hospital dijeron que había que cortarle el dedo. Se lo cortaron. Después los médicos dijeron que con eso no alcanzaba y que iban a tener que cortarle la pierna.

Blanca dijo:

—Mi padre no va a poder seguir viviendo así.

Los médicos le contestaron que si no se la cortaban se moría. Y que a los hombres de la edad de su padre, una pierna más o menos no les hace nada. Si camina, camina. Si no camina, no camina. Siempre los que más sufren son los de la familia porque se acuerdan cómo era antes.

Después de la operación, Bernardo empezó a confundir todo. Se estaba escapando su vida, su mente... Cuando Blanca lo llevaba al patio, empujándole la silla de ruedas, él confundía el barrio con el pueblo de su infancia, y a Blanca con Betsabé.

Tuvieron que buscar un geriátrico, el que estaba más cerca de su casa, así entre clienta y clienta Blanca podía visitarlo. Si el pariente

no se ocupa, no se ocupa nadie. Iba al mediodía para llevarlo al comedor colectivo. Ahí, a veces, él preguntaba si estaban en Rusia, en un koljoz.

Para bañarlo, lo sentaban en la silla de baño y Bernardo quedaba de espaldas, entonces Blanca lo lavaba por atrás y él se lavaba adelante. Tenía mucho pudor, cerraba los ojos. Sufría. En esas condiciones nadie se animó a contarle que su hermana Miriam había muerto y que la enterraron en la misma tumba de Betsabé, porque en el final Miriam quiso quedarse lejos de Miguel, en los brazos de su madre.

Bernardo no se quejaba, pero ya no tenía fuerzas ni para decir:

—Bah, bah, no es nada.

Cada tanto le agarraba una pulmonía, se ahogaba.

Blanca veía eso, le decía a las enfermeras y las enfermeras decían:

—Sí, sí, está resfriado.

Ella contestaba:

—¡No está resfriado!

Y lo llevaba al hospital.

¿Cuántas veces hubo que hacer lo mismo? Cada dos, tres meses. Lo llevaban, lo curaban, lo traían. Para llevarlo al hospital y traerlo de vuelta lo alzaban con un guinche porque nadie lo podía levantar. Un aparato con sogas, poleas, frío, de metal. También iban a visitarlo los nietos y bisnietos. En las últimas Pascuas lo llevaron a lo de Blanca. La familia alquiló una ambulancia y entre tres, cuatro, lo cargaron en su silla, y él lloraba, porque entendía.

A Marcos nadie le quita de la cabeza que el viejo se entregó el día que leyó en los diarios la noticia del derrumbe de la Unión Soviética.

Cuando Bernardo murió, David estuvo en el cementerio. No en la misma fila con sus tíos y sus primos Noemí y Esteban, sino una fila más atrás, con sus padres.

También estuvieron los amigos de Blanca y Marcos, los compañeros de oficina de Laura, los viejos del club y el hijo del secretario general del Partido Comunista de Nueva York.

Si Bernardo se hubiera podido levantar de la tumba, habría dicho:

—Gracias a todos por venir, pero ¿y esto? ¿Cementerio? ¿Qué hago yo acá?

Cada vez que había una conversación sobre el tema, él indicaba:

—Blanca, a mí no me van a enterrar. Quiero que me cremen.

Blanca estaba decidida a cumplir la voluntad de su padre, pero cuando Bernardo murió, su nieto Esteban dijo:

—Yo no estoy de acuerdo. Hitler mandaba a la gente a los crematorios. ¿Por qué con el abuelo tenemos que hacer lo mismo que esos asesinos?

Así que Blanca tenía un dilema: o cumplía la voluntad de su padre o respetaba el deseo de su hijo.

En la funeraria le dijeron que si quería cremar a su padre tenía que conseguir un permiso del médico, porque Bernardo tenía puesto un marcapasos y había que retirárselo: ningún muerto puede entrar a las llamas si hay algo de metal en el interior de su cuerpo.

Blanca se quedó pensando en eso: los nazis sacaban todo de los cuerpos de las víctimas, sacaban el oro de los dientes para hacer lingotes, cortaban los cabellos para hacer pelucas, usaban la grasa para hacer jabón, hacían pantallas de veladores con la piel y fertilizante en polvo con la carne y los huesos. Eso eran, asesinos, cremadores y ladrones de cadáveres. ¿Y ahora ella iba a autorizar que abrieran el cuerpo de su padre para sacarle un marcapasos?

Bernardo tuvo un entierro normal.

A veces Blanca piensa que si Bernardo tenía algo para reprocharle se va a enterar cuando también ella esté del otro lado. Con Marcos compraron una parcela muy cerca de donde está su padre. En realidad, es como un club. Al lado de Blanca y Marcos van a estar sus amigos de toda la vida, y enfrente de ellos va a estar el médico amigo de la familia, y su cuñada, y el padre de la cuñada del médico... Todo un país.

10

Laura entendía que David se lavara las manos más de veinte veces por día, que después de bañarse se secara el cuerpo con papel de rollos de cocina, que la mandara a hacer compras a las cinco de la madrugada porque entonces no había nadie en los supermercados abiertos las veinticuatro horas. David era precioso, su hijo, nadie lo entendía como ella, pero cuando ella y Ariel se iban de vacaciones, solos, descansaba, y a veces pasaba horas sin acordarse de él. Le gustaba irse, aunque la humedad de Miami le hinchaba los pies y el sol le sacaba ronchas. En realidad, casi no bajaba a la playa porque no quería mostrar el cuerpo.

Ariel la animaba:

—Bajá tranquila que en la playa son todas gordas y viejas como vos. ¿Qué te preocupás? Todos dan asco.

Igual, Laura prefería quedarse en el cuarto de hotel, con el aire acondicionado prendido y con la televisión puesta en algún canal de moda. Le gustaban los desfiles de alta costura, se quedaba dormida viendo los diseños, los brillos de las telas ahora que había televisión a color. Así que Ariel salía solo, daba vueltas en coche por las avenidas, tocaba bocina, frenaba, aceleraba.

Aunque no le gustaba salir, lo que Laura no se perdía eran las excursiones al pantano de los cocodrilos. Le encantaba verlos chapoteando debajo del puente y abriendo esas bocas llenas de dientes para comer las ratas, los pollos, o lo que les tiraban los guías turísticos.

Ariel le decía:

—¿Te das cuenta? Si yo me caigo acá, no duro ni un bocado. Y si te tiro a vos se hacen un festín.

Ella le contestaba:

—¿Y eso es un chiste?

Un día, quince años después de la última vez que hablaron, Ariel llamó a Blanca y le contó:

—Le voy a dar una sorpresa a Laura.

Blanca dijo:

—Hola, Ariel, ¿cómo estás tanto tiempo?

Ariel le dijo:

—Ya vas a ver. Todos van a ver quién soy yo.

A Blanca se le escapó:

—Ariel, ¿otra vez vas a hacer macanas?

Como había aprendido a controlarse un poco, en vez de gritar o cortar, Ariel le dijo:

—¿Macanas? ¿Qué macanas? ¿Cuándo hice macanas, yo? Decime una sola macana que yo haya hecho.

Entonces Blanca le dijo:

—Decime vos. ¿O ya no te acordás?

Y él dijo:

—¿De qué me tengo que acordar?

Resulta que una vez que estaba en casa sonó el teléfono. Cuando atendió, una voz grabada le avisó que él y su familia habían sido elegidos para elevar su nivel de vida viviendo en un exclusivo barrio privado de primer nivel, a un precio increíble, con un anticipo increíble y cuotas increíbles, al alcance de todos los bolsillos. Al final del mensaje, había un número de teléfono.

Ariel pensó:

—A mí no me van a engañar.

Anotó el número de teléfono, averiguó la dirección de las oficinas de donde lo habían llamado y se dio una vuelta en coche por el lugar. El edificio de oficinas era todo de vidrio y aluminio, muy bien puesto, muy serio. Brillaba con la luz del sol. Ariel volvió a su casa, llamó por teléfono a esas oficinas y le ofrecieron mandarle un vendedor a la casa. Ariel dijo que no:

—Yo soy vendedor, conozco a los vendedores. ¿A papá mono con bananas verdes?

Y volvió a las oficinas y ahí le mostraron unos mapas, planos de lo que tenían en venta. Había casas con pileta climatizada, edificios con

gimnasio, sauna y microcine, guardias armados en la entrada, palmeras. Puro lujo.

El promotor siguió:

—Yo sé lo que usted me va a decir. Todo esto es muy lindo, pero los papeles son papeles y nada más que papeles.

—Me sacó las palabras de la boca. Hay que ver para creer. A mí no me engaña nadie —dijo Ariel.

—Ver para creer. Usted lo ha dicho —dijo el vendedor y lo invitó a una reunión de clientes.

La reunión era el sábado, con lunch incluido y un sorteo en el que los participantes podían ganar desde un jarrón de vidrio hasta un auto deportivo de la mejor marca. A Ariel la idea de ganarse un auto en un sorteo lo convenció. Volvió encantado y le dijo a Laura:

—Tenemos programa para el fin de semana.

El sábado por la tarde fueron a la reunión. Era en el último piso de un hotel de negocios y el salón era grande como una pista de patinaje sobre hielo. A medida que los candidatos iban entrando, una rubia platinada les abrochaba en la solapa del saco o en la pechera del vestido un prendedor de lata brillante que decía: "Yo soy de Primer Nivel". Mozos con sacos de lentejuelas fucsias y moñitos negros distribuían bebidas en vasos largos y finos, llenos hasta el borde con algo color verde en la parte de abajo, amarillo al medio y rojo en la parte de arriba. Ariel nunca había visto algo así. Le daba lástima mezclar la bebida con la cucharita, pero todo el mundo revolvía hasta que quedaba algo de color marrón.

Después de comer sanguchitos de miga con pastrón y pepinos, les pasaron una película. Mostraban paisajes con árboles, pasto, lagunas, enredaderas, ardillas y pajaritos. A Laura le pareció que conocía el lugar: ¿era en Miami, por el camino hacia la zona de cocodrilos? Podía ser, podía no ser. Sobre esos paisajes se levantaban edificios, se construían paredes y techos. Vieron una ciudad que salía de la nada como por arte de magia. Y además los árboles seguían estando: atardeceres hermosos y la gente tirada panza arriba en sus reposeras, tomando tragos con pajita alrededor de una pileta ovalada, y el sol reflejándose en los vasos de vidrio y en los anteojos negros.

Después de la función volvieron a servirles bebidas, hubo un rato de música y a todos los participantes les pusieron unos gorritos de papel y máscaras, como si fuera un baile de Halloween. Laura quiso bailar, Ariel no, así que no bailaron. Cuando terminó la música se hizo el sorteo. Ariel esperaba ganar el coche, les tocó un aparato portarrollos de papel higiénico, hecho de un material laqueado que tenía incluida una radio AM/FM.

Laura dijo:

—Es una chuchería.

Ariel dijo:

—Puede servir.

Al final de la fiesta entregaron un contrato a cada cliente. Los clientes se comprometían a pagar un anticipo a cuenta de la escritura de un terreno. En cada contrato figuraba una parcela distinta. A Laura y Ariel les tocó un terreno de treinta de frente y cuarenta de fondo ubicado en el sector Cisne Dorado.

Laura dijo:

—Lo llevamos, lo estudiamos bien, pero todavía no firmés nada. Vamos a mirar el lugar, primero.

Ariel le contestó:

—Yo sé bien lo que hago.

Y firmó.

A la semana siguiente se tomaron un avión a Miami y fueron a ver lo que habían comprado.

Durante todo el viaje Laura decía:

—¿Qué hiciste? ¿En qué cabeza cabe? Primero se mira, después se firma. Ahora vamos a ver lo que firmaste.

Ariel le decía:

—Vos callate que yo sé.

Al final, cuando llegaron, vieron. Era una ciénaga, peor que una ciénaga, con un cartel en la entrada.

Laura dijo:

—¿Y? ¿Qué te dije? Esto es una estafa.

Ariel dijo:

—Esto es el futuro, ya vas a ver.

Se quedaron esperando las novedades de la construcción, pero no recibían noticias. Cada tanto, Ariel llamaba al número de teléfono de la compañía, atendía un contestador automático.

Unos meses más tarde salió en los diarios que a todos los directivos los habían detenido por malversación de fondos.

Laura pensó: "Plata tirada". Pero no dijo nada. ¿Para qué amargar a su marido? Igual, Ariel se enteró por su lado. ¿Qué se le iba a hacer? Lo pasado pisado. El nunca se equivocaba. ¡Por una vez que Laura tenía razón!

A pesar de eso seguían con la idea de mudarse. Mientras recorrían lugares David se quedaba solo en la casa. Una semana, dos semanas, cuando volvían encontraban todo como lo habían dejado. David no estaba ni más gordo ni más flaco ni más sucio ni más limpio. La única diferencia era la cantidad de pilas de diarios.

Una vez vieron en televisión una propaganda de Texas y les gustó tanto que se fueron de vacaciones ahí en vez de a Miami. Texas es seco, desierto, arena, viento. Con ese clima Laura se sintió mejor que nunca. Nada de humedad. Piernas deshinchadas.

Empezaron a recorrer barrios y encontraron uno donde no se admiten menores de sesenta años. Los nietos van de visita, los hijos también pero no pueden quedarse a vivir: llegan a la mañana, se van a la tarde. Son barrios donde no zumba una mosca, no hay perros que ladren. Ni hablar de poner la música fuerte. Laura tenía excompañeras de trabajo que después de jubilarse se habían comprado una casa ahí. Entonces fueron a visitar a una de esas excompañeras. Nunca habían visto algo así. Tenía todas las comodidades para dos personas. Living comedor, un dormitorio matrimonial, otro como oficina, sala de juegos y TV. Todo en colores claros. Garaje para dos coches, un patio con lajas de cemento y un jardín al fondo. En invierno, el clima de Texas es templado.

Cuando Ariel la llamó a Blanca y le dijo que había comprado una casa en aquel barrio y no le había dicho nada a Laura porque quería darle una sorpresa, Blanca pensó: "Seguro que es otra engañapichanga. Ariel tropieza dos veces con la misma piedra. Y tres también. Y si por casualidad esta vez les sale bien, ¿qué van a hacer con David?".

Cuando Laura la llamó para contarle lo que había hecho Ariel, Blanca le dijo:

—Te escucho contenta, me alegro por vos. Eso sí, decime, ¿alguna vez fuiste a Texas en verano?

Laura le dijo:

—No, solo ahora que compramos.

Blanca le dijo:

—Se nota que no conocías. En Texas en verano no se puede ni salir a la calle del calor. ¿Qué querés ir a hacer ahí? ¿Coleccionar cactus? ¿Cazar víboras? ¿Sabés para que sirven todos los desiertos de la zona? ¡Para que los mafiosos vayan con una pala, hagan un pozo y entierren a los enemigos que acaban de matar! ¡Los matan, los entierran y nadie se entera! Eso es Texas. Y ahí te querés ir a vivir vos.

Y Laura le contestó:

—Ah, si así se hace, ese lugar va a estar muy bien, porque si me peleo con Ariel, agarro una pala, se la hundo en medio de la cabeza y lo entierro en el medio del desierto. Después planto un cactus encima.

Blanca dijo:

—No lo puedo creer. ¿Qué estás diciendo, Laura?

Laura se rio con una risa rara, finita, una risa que ella nunca le había escuchado, o sí, hace muchos años, en la infancia.

Laura le dijo:

—Era una broma, Blanca. ¿Qué te creés? Mirá si voy a hacerle eso a mi marido. Yo agarro una pala, hago un pozo y me entierro a mí misma antes de tocarle un pelo a Ariel. Toda la tierra encima me echo.

Blanca dijo:

—Ah, bueno, muy bien. Igual, no es tierra, es arena. Y decime, si ustedes se van a vivir a Texas, ¿con David qué vas a hacer?

—David ya es grande y se arregla muy bien.

—David no se arreglaba de chico y ahora que es grande tampoco se las arregla.

Laura no la escuchaba.

—David va al mercado solo, cocina solo, yo no le hago las comidas porque no me deja salir de la pieza mientras él come lo que se prepara, así que... va a estar bien.

Blanca insistió:

—¿Y si se rompe la calefacción?

Laura dijo:

—Si se rompe, él tiene a quien llamar: el número está anotado en la pared.

Blanca le contestó:

—Vos sabés bien que David no va a llamar a nadie para arreglar las cosas aunque sepa a quién tiene que llamar. David no deja entrar a nadie a la casa. ¿Acaso entró alguna amiga tuya alguna vez? ¿Marcos y yo entramos en tu casa alguna vez? Lo único que va a entrar son más diarios y diarios.

Y Laura le dijo:

—Vos no tenés idea. O nos vamos a vivir a otra parte o un día vamos a estar muertos, Ariel y yo.

Así que Laura y Ariel se mudaron. Laura estaba contenta con su nueva vida. Salían, recorrían. Y en su barrio también lo pasaban bien. En la pileta comunitaria ella conversaba con las vecinas. Eran gordas, flacas, a nadie le importaba. Una vez por semana la comisión organizaba espectáculos o fiestas y contrataba a un animador: una noche era la noche de Hawái, y entonces venía un conjunto de danzas típicas. Otra noche era un grupo de folklore americano, o baile de disfraces y unos se disfrazaban de indios y otros de cowboys. Otra noche caía un cantante melódico: "¡Tenía una voz! Cantó con mucho sentimiento. Agarraba el micrófono con las dos manos, como si fuera la novia. No llegaba a ser un Frank Sinatra o un Tony Bennett, pero estuvo muy bien. Al final, le hicimos coro en *Only you*", le escribía a Laura.

Ariel también parecía otra persona. Iban mucho a Las Vegas porque él era un fanático del casino: jugaba en las maquinitas. Le encantaban las luces que se encendían y apagaban en las pantallas, la música fuerte que sonaba por todos lados. Primero se compraba un vaso grande de Coca-Cola, se la tomaba mientras metía monedas de veinticinco centavos en la ranura, una detrás de otra. Bajaba la palanquita del costado y miraba cómo se armaban las figuras en la pantalla: una ciruela, un quinoto, una cereza, un limón. Esa ensalada de frutas no pagaba nada, pero si se alineaban cuatro limones era como sacar cuatro cartas iguales en el póker. Entonces, por una boca de la máquina caía al cuenco una lluvia de metales de un centavo, diez centavos, veinticinco centavos, nunca plata grande. El limón era la fruta de menos valor y aparecía cada dos por tres. Si Ariel gastaba cien monedas de veinticinco centavos, con suerte le salían cuatro limones en la pantalla y él recuperaba veinte monedas.

Gastaba veinticinco dólares, recuperaba cinco. Así era el juego. ¿Quién va a ganar? ¿El casino o el cliente? Siempre gana el casino.

Uno es jugador o no es jugador. Y si es jugador, juega. Ariel jugaba.

Una vez, a meses de la mudanza, Laura llamó a Blanca:

—Algo está pasando con David, por favor andá a ver qué pasa. No quiero preocuparme, pero la última vez que llamé por teléfono nos peleamos y él me cortó.

Blanca le contestó:

—Si no atiende es porque está enojado. Ya se le va a pasar y te va a atender.

Laura dijo:

—No. No hay tono. Seguro que arrancó el teléfono de la pared. Cada vez que discutimos hace lo mismo. Yo llamo para pedir reparaciones a la compañía, David no deja entrar a nadie. ¿Podés ir a ver qué pasa, por favor?

Siempre había sido igual: se rompía algo, la calefacción, el cuerito de la canilla, se tapaba la pileta, y había que llamar a alguien para que lo arreglara, peleaban hasta que al final David se encerraba en su cuarto, aparecía el técnico, lo arreglaba y se iba. Pero cuando Laura y Ariel se mudaron a Texas ya no había quien dejara entrar a la gente.

Blanca le dijo a Laura:

—Vos sabías que esto iba a pasar, ¿qué querés que haga yo ahora? No tengo las llaves.

Laura dijo:

—Fijate desde afuera cómo está todo y después llamame, no importa lo tarde que sea.

Blanca y Marcos fueron. En realidad, una vez por semana, dos veces por semana, se daban una vuelta por la casa. Si la correspondencia no se acumulaba en la entrada, si el pasto del frente estaba cortado quería decir que no había problemas. Blanca fue a un teléfono público y llamó a Laura:

—En la puerta no hay ni cartas ni revistas, eso quiere decir que él está bien.

Laura le contestó:

—No me quedo tranquila. Por favor, andá de nuevo y golpeá la puerta a ver si Davidcito contesta.

Blanca cortó y miró a Marcos:

—Yo te acompaño, pero ocupate vos. A mi David nunca me hizo caso y a vos siempre te respetó.

Eso quería decir que desde chico David le había tenido un poco de miedo. Marcos, medio en broma, medio en serio, siempre le decía:

—Conmigo criatura no te vas a hacer el caprichoso, porque al primer grito que escucho te pego una patada en el culo que te mando volando a la luna, eh.

David se reía, ¡luna, luna!, y después se escondía detrás de una puerta.

Entonces Marcos tocó el timbre. Una vez. Dos veces. Esperó un rato. Volvió a tocar. Nada. Dejó el dedo puesto sobre el timbre un rato. Nada.

—David, contestame, haceme el favor.

Nada.

La mirilla de la puerta de entrada estaba rota. David la había tapado con un pedazo de cartulina que pegó con cinta scotch. Rascando un poco la cartulina, Marcos hizo un agujerito que le dejaba ver el interior. Se quedó un rato así, con el ojo en el agujerito, y le dijo a Blanca:

—Acaba de caminar de una pieza a la otra. Y veo un placar con las puertas abiertas y llenas de papeles.

—Llamalo.

—¿Al placar?

—No es momento de hacer chistes.

Entonces Marcos lo llamó, pero David no contestó. Ahora fue Blanca quien golpeó la puerta:

—David, contestame, soy Blanca, tu tía. Quiero saber cómo estás. Tu mamá está preocupada.

David ya se había metido en un cuarto.

Entonces Marcos se cansó:

—Si no es a las buenas es a las malas.

Pegó cuatro gritos:

—¡David, si no aparecés ya mismo, voy a tirar la puerta abajo a patadas y te saco de los pelos, te lo juro!

Blanca le dijo:

—Dejá, no le hables así que él ya no es un chico.

Y en un papelito le escribió unas líneas, que pasó por debajo de la puerta:

"David querido, es tu tía Blanca que te escribe. Escuchame, no podés hacernos esto, tené un poco de corazón, tus padres tienen que saber de vos, con ese silencio tuyo nos tenés a todos en vilo. Yo voy a pasar mañana a la tarde. Queremos verte. O nos abrís la puerta o nos llamás por teléfono. ¿Entendido?".

Al otro día, Blanca y Marcos fueron hasta la casa. Pegada en la puerta, del lado de afuera, había una notita:

"Querida tía, yo estoy bien, la voy a llamar a mamá uno de estos días, besos, te quiero, decile que yo estoy bien".

Blanca llamó a Laura, le dijo:

—Me escribió una notita, dice que te va a llamar. Eso quiere decir que está bien.

11

Al principio, Laura y Ariel iban muy cada tanto a Las Vegas. Había que subir al coche, viajar y ella se cansaba, los pies se le hinchaban. Pero él insistía en ir a las máquinas tragamonedas.

Ariel decía:

—Es un juego hecho para mí. De golpe salen cuatro frutillas juntas y me vuelvo millonario.

Laura le decía:

—¿Vos te pensás que si hay una posibilidad en un millón de que salgan esas cuatro frutillas juntas tendrían esas máquinas funcionando? Si querés frutillas, te hago un licuado.

Ariel seguía:

—Yo ya hice mis cálculos matemáticos, te juro que va a salir. Yo soy un hombre de suerte. Vamos al casino, haceme caso.

Y Laura aceptaba. Después de todo, era poca plata y a Ariel ella no le podía decir que no.

Así que terminaron yendo una vez por semana, dos veces por semana, a veces tres.

Ariel tenía su máquina favorita. Antes de sentarse en la banqueta sacaba una franela, la pasaba por las partes de metal, por el vidrio, la lustraba, después le daba un beso a la palanquita que hace bajar las monedas por la ranura, y recién entonces empezaba a jugar.

—Ariel quiere a esa máquina más que a mí —le decía Laura a Blanca por teléfono.

Un día, Ariel puso su primera moneda en la máquina, nada: un limón, una cereza, una manzana, una pera.

Puso la segunda, nada tampoco: frutas sin valor.

A la tercera vez que puso una moneda, salió primero una frutilla, después otra.

La frutilla es la fruta que más se cotiza, la que menos sale: por una frutilla, uno gana un dólar. Dos frutillas, según Ariel, valían cien dólares. Nunca salen dos frutillas juntas. Laura tenía razón: los del casino no son idiotas. Si uno pone veinticinco centavos en la ranura y por una boca salen cuatrocientas monedas de veinticinco, es mal negocio para el casino. Pero Ariel es Ariel: salió una tercera frutilla y después salió la cuarta. Y como el premio era importante ya no salieron monedas, debajo de las frutillas apareció un cartelito brillante que decía: "Vale por 85.000 fichas, máximo valor de casino, equivalente a dos millones de dólares". Y después, la máquina le imprimió un ticket, un comprobante.

Ariel pegó un grito, la gente se le juntó alrededor y empezó a aplaudir. El agarró el comprobante, no fuera cosa que algún vivo lo quisiera robar, y fue a la caja.

El cajero leyó el comprobante, dijo:

—Permítame, tengo que hablar con gerencia –y se dio vuelta como para irse.

Ariel le contestó:

—Momentito. Usted no tiene que hablar nada con nadie. Usted tiene que pagarme lo que está escrito.

El cajero le dijo:

—Acá hay un error, señor. El máximo valor de premio de las máquinas tragamonedas es por 100 fichas, equivalente a veinticinco dólares. En cambio, acá se habla de dos millones de dólares.

Ariel dijo:

—¿Y? Sí. Yo sé leer, ¿qué te creés vos? Dice dos millones de dólares, entonces pagame los dos millones de dólares y listo.

El cajero le contestó:

—Permítame un segundo que tengo que hacer unos cálculos.

Ariel le dijo:

—Hacé todos los cálculos que quieras y después págame los dólares que me debés.

El cajero sacó una calculadora del cajón, hizo unas cuentas y después le dijo:

—Según estos cálculos, 85.000 fichas de veinticinco centavos son 21.250 dólares, no dos millones. Y no hay premios en las máquinas

tragamonedas que excedan los veinticinco dólares, ¿me entiende? El premio máximo programado es de cien veces el valor de la apuesta. Con poner veinticinco centavos en nuestras máquinas usted puede ganar veinticinco dólares, no 21.250 dólares, y mucho menos dos millones de dólares, señor.

Ariel dijo:

—A ver, ¿y por qué no?

El cajero contestó:

—Muy simple, señor. Porque así son las cosas. Si fueran como usted cree, el casino se fundiría. Por eso hay dos posibilidades: o se trata de un error de la máquina o estamos ante una operación fraudulenta. Y nuestras máquinas no se equivocan. Así que le aconsejo no insistir en su reclamo, a menos que quiera enfrentar consecuencias legales. En cambio, si se va ya mismo, el asunto termina acá.

Ariel se enojó:

—No me importa lo que me estás diciendo. ¿Consecuencias legales? Me paso las consecuencias legales por el culo. Yo gané y a mí pagame lo que me debés.

Entonces, el cajero dijo que tenía que hablar con un superior, se llevó el comprobante y al rato volvió con el gerente.

—¿Dónde obtuvo este papel, señor? —lo encaró el gerente.

Ariel se enojó, empezó a tartamudear:

—A mí no me ponga esa cara ni me levante la voz porque usted no sabe quién soy yo. Yo no quiero hablar con nadie, yo quiero que me paguen lo que me deben. Ese papel es el papel que emitió la máquina tragamonedas y ahí está escrito que el casino a mí me debe dos millones de dólares. ¿Me entendió? ¿Qué me mira?

El gerente le habló al empleado:

—Es posible que se trate de un hecho policial. En ese caso deberíamos hacer la denuncia. Aunque quizá podamos solucionar esto de otra manera.

Ariel dijo:

—¿Solucionar qué? Yo no veo ningún problema así que no hace falta ninguna solución. Lo único que ustedes tienen que hacer es

pagarme lo que me deben y lo único que yo tengo que hacer es cobrar mi plata.

El gerente dijo:

—He visto operaciones ingeniosas, pero la suya, señor, supera toda la comparación. A través de las cintas grabadas no hemos podido detectar ningún movimiento sospechoso, la falsificación es realmente excelente. ¿Cómo hizo usted para introducir este ticket en la máquina?

Ariel empezó a patear el piso:

—¿Me estás diciendo ladrón a mí? ¿Vos? ¿Vos me decís ladrón a mí? ¿Sabés quién soy yo? ¿Sabés con quién estás hablando? Si la máquina se rompió no es mi culpa, si las cosas fallan no es mi problema. Dios existe y juro por Dios que a mí ustedes me deben dos millones de dólares. ¿Me van a dar un cheque o me pagan en efectivo?

El gerente levantó un brazo y llamó a los empleados de seguridad: tres enormes y uno más bajito, un chino con pinta de karateca criminal.

Ariel no se asustó, les dijo:

—Ni se les ocurra ponerme una mano encima porque les rompo la cara a los cuatro juntos.

Los de seguridad le contestaron que no se pusiera violento. ¿Para qué? Ariel ya estaba en un grito:

—¿Qué me vienen a tratar de ladrón a mí? ¡Desgraciados! ¿Qué me miran? Aléjense porque yo hincho el pecho y exploto y no queda nada alrededor mío. Los puros incendian los cielos. El resplandor incendia la Tierra.

Y dio media vuelta y se fue. Sin llevarse el ticket.

Igual tenía testigos a montones. Fue a un estudio de abogados, se presentó, dijo:

—Soy víctima de una estafa —y les contó toda la historia.

Los abogados le dijeron que él no tenía pruebas, que la legislación del estado de Texas estaba hecha para favorecer a los casinos y no a los clientes, que la ley es la ley y que una cosa es una cosa y otra cosa es otra cosa.

Ariel insistió:

—¿Este es un país libre y uno no tiene derecho a reclamar lo suyo? ¿Me tratan como a basura porque soy un inmigrante? Si ustedes no me defienden me busco otros abogados. En América todo es negocio y sus colegas el negocio lo van a ver. Y si no hay abogado que me quiera defender, me defiendo yo solo. Total, yo sé que al final del camino hay dos millones de dólares esperándome. Dos millones de dólares son veinte mil billetes de cien. Cuando cobre los voy a meter en mi bañadera y me voy a tirar a nadar entre los billetes.

Los abogados se miraron entre ellos. Ariel, si lo dejan hablar, convence hasta las piedras. Dijeron:

—El caso es interesante, vamos a buscar antecedentes jurídicos, de hecho hay uno, Kollman contra el estado de Nevada, tenemos que revisar la causa porque al final ganó el particular, así que vamos a ver lo que podemos hacer. ¿Dos millones de dólares, dijo? ¿Y con cuanto se conformaría usted?

Ariel dijo:

—Yo, ni con un dólar menos de lo que me deben. Lo que hay que ver es con cuanto se conforman ustedes. Yo les pago las costas y les cedo los intereses cuando ganemos. También hay que contar el daño moral.

Así que los abogados hicieron juicio, consiguieron testigos, pidieron peritajes de las máquinas, registros contables, los videos de la filmación, y un matemático hizo cálculo de probabilidades y el cálculo dio que había una posibilidad en cien millones de que salieran las cuatro frutillas juntas, y que si había una posibilidad, esa llevaba escrito el nombre y apellido de Ariel.

El asunto salió en los diarios. Los de una revista ilustrada a color fueron a hacerle una nota a Ariel. Los esperó en el comedor de su casa en el barrio privado, a la hora del desayuno. El fotógrafo lo sacó comiendo frutillas con crema de un bol de plástico anaranjado puesto sobre un mantelito individual, de plástico también, y estampado con la imagen de un billete de cien dólares que en vez de la cara de Washington en el medio tenía una frutilla. Ariel agarraba cada frutilla con los dedos, la revolvía un poco en la crema y después se la comía. Hasta que vació el bol. Después, como tenía

los dedos con crema, se los chupó uno a uno mientras el fotógrafo tomaba las fotos.

El título era "Dos millones de razones. Ariel, el ganador argentino". En inglés.

En la nota, Ariel contaba siempre la misma historia: la pobreza, las bolsas de cebolla, que en su país todos lo querían estafar y por eso había viajado a los Estados Unidos de Norteamérica, el paraíso de la democracia, el hogar de los bravos, la tierra de la libertad y las oportunidades, y ahora ahí lo querían estafar de nuevo. ¿Por qué? Cuando ponía cien fichas en las máquinas y recuperaba veinte no había protestado, cuando tenía que pagar sus impuestos no protestaba. ¿Por qué ahora no iban a pagar? ¿Qué era eso? ¿O tenía razón su difunto suegro, que decía que en ese sistema los pobres iban a seguir siendo pobres por toda la eternidad? ¿Qué querían los del casino, una revolución comunista?

Cuando los empresarios de juegos de Las Vegas leyeron la nota, llamaron a los dueños del casino para decirles que eso era mala publicidad para todos. ¿Y si el tipo ese empezaba a salir en televisión? ¿Y si hacían una película con su caso? ¿A quién le iba a creer la gente? ¿Al más fuerte o al más débil? ¿A los empresarios del juego de Las Vegas o a él?

Las notas dejaron de salir.

¿Arreglaron los dueños del casino con los dueños de los diarios? ¿Arregló Ariel con el casino? Quién sabe. Algo debe haber conseguido. Ariel es Ariel.

Pasó un tiempo. David quería ver a su madre y ella lo quería ver a él. Así que Laura y Ariel subieron a un avión y volvieron a Nueva York. Cuando entraron en la casa Laura llamó a Blanca a los gritos.

—¡Agarro las valijas y me vuelvo ya mismo a Texas! ¡Acá no se puede estar, no se puede estar! —Por teléfono también se escuchaban de fondo los gritos de David. Unos gritos raros.

Blanca le dijo:

—Lo dejaste solo, ¿vos qué esperabas?

Si Laura y Ariel pensaban pasar un par de días en esa casa, una semana como máximo, con ese panorama se tuvieron que quedar dos o tres. El baño estaba imposible. David había tapado el ventiluz con hojas de diario, y como se bañaba un montón de veces por día el vapor había levantado el empapelado de las paredes de los cuartos, que ya estaba caído y podrido en el piso. Ariel pintó, limpió, tiró un montón de diarios, así por lo menos se podía caminar, llevó el televisor a arreglar y como no tenía arreglo compró uno de segunda mano en buen estado. También compró una cama doble porque ni él ni Laura tenían donde dormir.

Cuando la casa estuvo habitable, Laura dijo:

—Ya está. Ahora nos podemos ir.

Un día después que volvieron a Texas, Laura fue a hacerse un chequeo médico de rutina. Últimamente tosía mucho. Empezaba con una tos cortita, después venía otra y otra, y al final ya no podía parar de toser. Cuando apareció la mancha, el médico que le había pedido la placa dijo:

—No hay apuro. ¿Fuma?

Laura dijo:

—Sí. ¿Quién no? Fumo porque tengo muchos problemas.

El médico dijo:

—¿Quién no tiene problemas?

Y Laura:

—Bueno, ¿me va a dar un remedio?

Y el médico:

—Fume menos.

Los médicos de la obra social son así: con tal de ahorrarle gastos a la empresa dicen que no hay apuro y al otro día entierran al paciente. Laura no se quedó tranquila y buscó un segundo médico.

El segundo médico la revisó, le pidió otra placa, Laura se la hizo, le llevó la placa. El segundo médico miró la placa al trasluz, contra el ventanal del consultorio, y le dijo:

—No me parece sospechoso. De todas formas, venga a verme de acá a un mes.

Al mes Laura fue a verlo de nuevo. El segundo médico se había ido de viaje, solo estaba su secretaria. Entonces buscó a un tercer médico, que la revisó y le dijo:

—¡Qué desastre! ¿Cómo se dejó estar así?

Laura dijo:

—¿Por qué? ¿Qué tengo?

Y el médico:

—Tiene una tuberculosis galopante, el pulmón izquierdo está colapsado y ya no funciona, no sé qué vamos a hacer con ese pulmón. Mañana mismo tiene que operarse, hay que abrir y ver.

—¿Me voy a morir?

—Más tarde o más temprano todos nos vamos a morir.

Laura se fue del consultorio y en vez de buscar otra opinión o volar a Nueva York y hablar con los médicos de Blanca, que eran sus amigos, buscó un cirujano, alguien que encontró en la guía telefónica, y el cirujano vio la placa y le dijo:

—Hay que sacar el pulmón.

Y se lo sacó.

Después de la operación, Laura llamó a su hermana:

—Ya pasó todo.

—¿Pasó qué?

Y Laura le contó.

Blanca se puso a llorar.

—¿Qué hiciste, mi muñequita? ¿Qué hiciste?
Cuando se enternecía, Blanca le hablaba como si fuera su criatura.
—¿Qué querés que haga? La vida es así.

12

En febrero, Blanca fue a visitar a Laura. La encontró de buen ánimo, aunque le costaba mucho respirar y por culpa de los antibióticos tenía muy alterada la flora intestinal y comía poco y nada. Estaba hinchada por los corticoides, casi hasta el doble de su tamaño normal. ¿Puede vivir una persona con un solo pulmón? Puede, mal. Y con ese calor que hace en Texas, peor. Por el ruido que le hacía el pecho al respirar, parecía que silbaba todo el tiempo.

Laura decía:

—Adentro me hace ruido como si me estuvieran inflando. Y estoy como si fuera un globo inflado. Pobre Ariel, si me quiere abrazar no puede.

Aunque no parecía, David sufrió mucho la operación de la madre. A cada rato Laura tenía que decirle:

—Todavía no me voy a morir.

En los últimos años David había engordado hasta pesar más de cien kilos, hasta ciento cincuenta podía ser. Pero cuando fue a Texas a verla, Laura lo encontró bastante más flaco y un poco amarillo. Eso le llamó la atención porque él nunca tomaba sol. Y como no se quejaba de que le doliera nada, a ella no se le ocurrió que podía ser de una hepatitis, ni del hígado, un virus o cualquier otra cosa. Laura lo llevaba a comer afuera y a ver departamentos porque quería que se quedara en Texas, no con ellos, en su barrio, sino en algún lugar cerca de ahí.

Blanca se lo había aconsejado:

—Si no querés volver a vivir con David, por lo menos tenelo cerca, así lo controlás mejor.

David se negaba.

Unos días antes de volver a su casa, en un supermercado vio unos rollos de papel de cocina que eran más baratos y grandes que en Nueva York, y se compró dos valijas para guardarlos y llevárselos.

Después, todo siguió igual. Laura siguió llamando a Blanca, le pedía por favor que prestara atención a lo que David hacía o dejaba de hacer:

—Pasá por la casa a ver si camina o está tirado, si el pasto está cortado, no te olvides que es verano y tienen que ir a cortarlo, si no crece un montón.

Laura había contratado a una empresa de jardinería y David les tenía que pagar con plata que ella le giraba: si no, la empresa dejaba de cortar, favores no hacían. Así que al salir de su trabajo Marcos se daba una vuelta por la casa y veía si el pasto estaba cortado y si la correspondencia no se juntaba en la puerta.

Esas dos señales querían decir que David estaba bien. Pero las discusiones por teléfono seguían y cuando discutían David arrancaba el aparato o no contestaba. Marcos pasaba todos los días y golpeaba la puerta.

—Llamá a tu mamá —le decía —, David, llamá a tu mamá.

Marcos estaba harto y una vez le pasó una notita por debajo de la puerta:

"Hola, David. Soy tu tío Marcos. ¿Hasta cuándo vas a seguir con tus caprichitos? No estudiás, no trabajás y encima no atendés el teléfono. ¿Qué te pensás, que no tengo nada mejor que hacer que venir todos los días a tocarte el timbre para que vos no me atiendas? A ver si nos entendemos: si en veinticuatro horas el señor no levanta el teléfono y habla con su mamá, yo a las veinticuatro horas y un minuto llamo a la policía para que rompan la puerta, entren y vean lo que pasa".

Y al otro día había una notita pegada a la puerta, del lado de afuera:

"Querido tío, ahora o mañana voy a llamar a mi mamá, te quiero mucho".

Como la ropa que usaba cuando estaba muy gordo ya le quedaba grande, David usaba la que Ariel había dejado colgada en los placares de la casa. Y como esa también empezó a quedarle grande le mandaba la ropa a Laura, por encomienda de avión, y Laura le ajustaba los talles y se la volvía a mandar.

La ropa iba y venía. Era otra manera de estar en contacto.

Una vez, durante un par de semanas, David no mandó nada para arreglar. Laura llamó por teléfono y David no contestó. Un día, dos días. Al tercer día Laura llamó a Blanca y le dijo:

—Por favor, fijate qué pasa, hace ya más de una semana que no me puedo comunicar con él.

Blanca cortó y le dijo a Marcos que fuera a golpearle la puerta.

Marcos fue, golpeó, dejó su nota. David no contestó.

Entonces Blanca se comunicó con Laura y le dijo que llamara a un vecino que cada tanto le daba noticias de David.

Laura llamó y el vecino le dijo que hacía un par de semanas lo había visto salir de noche a hacer compras, a las dos, tres de la madrugada, y estaba tan flaco que casi no lo había reconocido.

Laura le dijo:

—Bueno, antes estaba tan gordo que también había gente que casi no lo reconocía.

Y cortó. ¿Para qué preocupar a un vecino? ¿Y si David se había ido unos días de vacaciones? No por mucho tiempo, su hijo no aguantaba estar fuera de casa, pero por tres o cuatro días, sí. Igual, Laura estaba preocupada, así que volvió a llamar a Blanca y Blanca le dijo a Marcos y Marcos volvió a ir.

Marcos golpeó y golpeó y golpeó, trató de espiar por el agujerito de la mirilla, pero nada: a David no lo veía por ningún lado. Entonces llamó a Laura y Laura le dijo a Ariel:

—Vos sos el padre, tomate un avión y andá a Nueva York a ver qué pasa.

Ella no podía ir porque se sentía muy débil después de la operación. Todavía los médicos le seguían estudiando el pulmón que le habían sacado. Querían ver si lo que el pulmón tenía era tuberculosis o algo peor.

Ariel se tomó el avión y Blanca y Marcos fueron a buscarlo al aeropuerto.

Cuando llegaron a la casa, Ariel golpeó la puerta de adelante: nada. Entonces empezó a llamar:

—David, David.

Nada. Enseguida se puso nervioso y tartamudeaba, no se le entendía una palabra, ni el nombre del hijo. Sacó las llaves, trató de abrir una puerta, otra puerta, la tercera. Nada. Estaban trabadas desde adentro, por más que Marcos y Ariel hicieran fuerza juntos, no se abrían. Entonces Marcos llamó a la policía y la policía llamó a los bomberos, que fueron y empezaron a hachar la puerta que daba al dormitorio que usaban Laura y Ariel cuando vivían ahí. Cuando terminaron de romperla, Ariel quiso meterse. Los bomberos no lo dejaron:

—Usted se queda acá, los que entramos somos nosotros.

Pero les resultaba difícil porque todo estaba tapado por pilas de diarios y revistas, pilas y pilas.

Marcos y Ariel se quedaron esperando en la parte de atrás de la casa. Aparecieron algunos vecinos, por curiosidad. Al rato, de adentro salió un bombero, lo vio a Marcos y le dijo:

—¿Usted es de la familia?

Marcos contestó:

—Yo soy el tío, el que está ahí tirándose de los pelos es el padre.

El bombero le dijo:

—Con el padre no quiero hablar. ¿Qué pasó acá?

Marcos le dijo:

—¿Cómo lo voy a saber yo si el que entró en la casa es usted? ¿Qué es lo que pasó?

El bombero dijo:

—Hay un cadáver adentro.

Ariel no lo escuchó aunque por la cara que puso Marcos se dio cuenta de todo y empezó a caminar, a correr por la calle.

Gritaba:

—¿Cómo hace esto? ¿Cómo me hace esto? ¡Mi hijo me saca lágrimas de sangre!

Gritaba y se arañaba la cara, nadie entendía una palabra de lo que decía, empezó a golpearse la cabeza contra el poste de un farol de la calle.

Al rato los bomberos hicieron entrar a Marcos para reconocer el cadáver. Marcos tuvo que adivinar quién era.

David estaba desnudo, tirado contra la puerta del baño, trabándola con el cuerpo. ¿Quiso abrir la puerta y salir para pedir auxilio, o se había puesto así para no dejar que nadie entrara y morirse adentro sin que lo molestaran? Nadie sabe. Nadie nunca sabe nada. Así son las cosas. Quizá David de golpe se había caído y listo, ya está. El cuerpo casi ni carne tenía, era un esqueleto. Hasta se había encogido. Tenía el tamaño de un chico. A Marcos también le llamó la atención la cantidad de pelo: era como un gato peludo.

Después hubo que levantar un acta. Vino un policía de la morgue y pidió que hubiera testigos cuando cargaban al muerto en la camilla, tapado por una sábana. Una vecina se hizo la señal de la cruz. Marcos no pudo aguantarse y le dijo:

—¿Por qué no va a santiguarse a su casa?

La vecina vio que Marcos estaba nervioso y no le contestó.

En la morgue, los médicos dijeron que tenían que hacer una autopsia. Como a Ariel seguía sin entendérsele una palabra, Marcos les contestó:

—No era católico ni protestante, a los que no lo somos no nos pueden hacer autopsias.

El médico le dijo:

—Esto puede ser un crimen, un suicidio, tenemos que averiguar qué pasó.

Marcos le dijo:

—Ni crimen ni suicidio, él era una criatura de Dios, no era de este mundo. Fue el destino.

El médico dijo:

—El destino es el destino y la ley es la ley.

Y hubo que aceptar la autopsia.

Esa misma noche Blanca llamó a su hermana para contarle, porque Ariel no podía ni hablar.

Blanca le dijo:

—Laura, perdoname, tengo que darte una mala noticia.

Laura dijo:

—¿Qué pasó? ¿Está enfermo?

Blanca dijo:

—Perdoname, Laura. No. No está enfermo. Está peor, es peor.

Laura dijo:

—¿Qué puede ser peor que enfermo? —Y cuando se dio cuenta de lo que Blanca le estaba diciendo pegó un grito—: ¡No!

Blanca le dijo que sí:

—Lo lamento, Laura. Lo lamento. Lo siento. Lo siento tanto. Pobre vos, pobre criatura, pobres todos.

Laura dijo:

—No me digas nada, no me digas más nada, no quiero que nadie me diga nada nunca más, nunca más.

Y empezó a gritar:

—¡Yo me mato! ¡Ahora mismo yo me mato! ¡Decile a Ariel que yo me mato! ¡Yo no quiero saber más de nada! ¡Se acabó la alegría de mi vida! ¡Ya no quiero vivir más!

Blanca estuvo una hora sosteniendo el tubo.

Le decía:

—Laura, tranquilizate.

Y Laura:

—¿Cómo me voy a tranquilizar? —Y lloraba y lloraba y lloraba y decía—: Yo me mato y yo me mato, yo no quiero vivir más.

Blanca y Marcos pasaron una noche terrible. Había que hacer trámites, ocuparse del cuerpo.

A la mañana, Laura llamó a Blanca y le dijo:

—No quiero que lo entierren en Nueva York, yo no voy a ir nunca más a Nueva York, quiero que lo cremen y que me traigan las cenizas acá, a Texas. Va a quedarse con nosotros.

Ariel pasó esos días en lo de Blanca y Marcos. Laura, que estaba sola en Texas, llamaba veinte veces por día: no dormía, se la pasaba caminando, llorando y diciendo que se quería matar.

13

El cuerpo de David estuvo un par de días en la morgue porque faltaba hacer la autopsia y conocer los resultados.

Cuando los resultados estuvieron, todos se enteraron de que David tenía una enfermedad de la sangre muy rara, el hígado lleno de esa enfermedad. Del hígado, la enfermedad se le había subido al cerebro y por eso David ya no sabía si engordaba o adelgazaba, si le dolía algo o no. Se había ido apagando sin saber nada, según los médicos forenses murió sin darse cuenta de lo que le pasaba, justo un par de horas antes de que los bomberos entraran a la casa.

Ariel se reprochaba:

—Si yo llegaba un día antes lo llevaba al hospital. Ahí se hubiera salvado.

Todos pensaban que como mucho David habría muerto en brazos del padre, o en la ambulancia, y hasta eso hubiese sido mejor que esa muerte miserable.

Cuando Laura decidió que lo cremaran le pidió a Ariel que se despidiera de David antes de entregarlo al fuego.

Le dijo:

—Ariel, quiero que vayas a verlo.

Ariel no quería, pero ella dijo:

—Yo no puedo ir, quiero que vos vayas y te despidas. En mi nombre y en tu nombre.

Ariel dijo:

—Tengo miedo.

Ella dijo:

—Yo no lo puedo ver. Lo tenés que ver vos.

Blanca y Marcos acompañaron a Ariel.

En la sala de la morgue habían preparado el cuerpo para la cremación. Blanca no quiso entrar, Marcos entró. Ariel también entró y cuando vio el cuerpo del hijo en el cajón, tapado por la sábana de hilo, lo acarició y lo abrazó. Le habló en su idioma. Eran iguales, el muerto y el vivo, los dos. A David se le veía la cara con barba solamente, y estaba muy delgado. Tenía esos ojos azules, metálicos, un poco abiertos, pero sin luz. Una criatura preciosa. La más hermosa del mundo, había dicho siempre Laura, y tenía razón. Ariel le tocó un brazo y lloraba. Marcos vio que habían abierto el cuerpo por varias partes y luego lo habían suturado con hilo para coser bolsas. Y parece que no les había alcanzado, porque a la altura del hombro y el cuello David estaba sin costura, se le veía la carne de adentro.

Después de la cremación, lo primero que se le ocurrió a Ariel fue que había que vender las cosas de la casa que estuvieran en buen estado. En la planta baja David guardaba las pilas de diarios y revistas, y en el sótano, los rollos de papel de cocina.

Ariel se pasó varios días abriendo los envoltorios de plástico de los rollos, acariciando despacio las hojas de papel. Algunos rollos venían con recetas de cocina italiana. Desplegaba cada rollo y estudiaba las recetas de espaguetis a la pomarola, lasaña tradicional*, vermicellis alle vongole*, ravioles a la crema. Después volvía a enrollar el papel y guardaba cada rollo en su paquete.

Cuando terminó de leer, fue a una casa donde compraban y vendían de todo, pero volvió indignado porque a un paquete de rollos de cocina que en un supermercado vale un dólar, los chinos se lo querían pagar nada más que diez centavos. Al final una palabra lleva a la otra y arreglaron un valor más conveniente, así que vino un camión y vació el sótano. Eran cerca de siete mil paquetes de rollos de papel de cocina, y Ariel consiguió mil dólares por el lote.

—Trescientos dólares más que la oferta inicial —le dijo a Laura—. Ahora hay que sacarse de encima la casa.

Antes, Laura le pidió a Blanca que entrara y revisara los cuartos porque allí había recuerdos de familia.

—Yo quiero las fotos. Buscame la foto del día que David se recibió en la escuela secundaria.

Blanca buscó y buscó, no encontró casi nada.

Laura decía:

—Vos buscá, buscá. En las fotos está el espíritu de él. Si tengo sus fotos tengo su espíritu. Esa va a ser mi felicidad.

Buscando, encontró. Hasta había una, vieja, de Bernardo y Miriam, y otra, más vieja todavía, de Betsabé cruzando el océano

Atlántico en el barco. De David no encontró.

Ariel negociaba en persona con los candidatos a comprar la casa. La gente entraba, veía la casa y decía:

—Esto no vale ni como terreno.

Ofrecían cincuenta, sesenta mil dólares, poniendo cara de que la oferta superaba el valor de la propiedad.

Ariel contestaba:

—¿Me vio cara de estúpido? ¿Usted es amigo mío, que cree que se la voy a regalar? En buenas condiciones esta casa vale ciento ochenta mil dólares, doscientos mil dólares. Hay que tirarle una bomba atómica para que se venga abajo, un ciclón no la derrumba. Solo le falta un poco de pintura. No la dejo a menos de ciento cincuenta mil.

Al final consiguió venderla a buen precio, agarró el cheque, le dio un beso y se lo llevó a Texas.

En Texas, Laura mandó hacer una lápida con el nombre de los tres. Ahí, ella está en el medio.

14

Por cualquier lado que salgan del barrio en coche, Ariel y Laura pasan por la puerta del cementerio, así que no hay vez que no entren. Únicamente no van si uno de los dos se siente mal, enfermo.

En verano, con sol, Texas es un horno. Si ella no puede ir, él espera a que atardezca, se pone un sombrero y visita la tumba de David. Ariel sabe cuántos galones de nafta gastó por mes por ir a hacerle compañía. Se lo dijo a Blanca, un día que ella llamó para preguntar cómo estaban.

Ariel le contestó:

—¿Cómo te creés que estoy?

Gritaba.

Blanca le dijo:

—Sí, Ariel, tenés razón, lo siento mucho.

Y él:

—¡Qué vas a saber vos lo que yo estoy pasando! ¿A vos te pasó lo que me pasó a mí?

Blanca dijo:

—No puedo saberlo, ojalá no me pase nunca, pero era mi sobrino y yo también lo quería, y si yo estoy sufriendo no quiero ni imaginarme lo que estarás pasando vos.

Ariel contestó:

—No te podés imaginar ni por un minuto, ni por un segundo, lo que yo estoy pasando. ¡Ni te imaginás la plata que gasto por ir a verlo! En el mundo... En el mundo... ¿Dónde se vio un padre como yo? Ni mi padre era tan bueno...

Blanca se puso a llorar y Ariel le gritaba:

—¿Qué llorás, ahora? ¿O dije mentiras?

Entonces Laura agarró el teléfono y le dijo a su hermana:

—No llames más. Cuando yo pueda, te llamo. Y si no, te voy a escribir cartas, te voy a poner al tanto de nuestras vidas, no llames más porque yo no puedo hablar, ¿me entendés?

Después de ese llamado, Laura tomó una decisión. Le dijo a Ariel:

—Esto no va más, hay que cambiarlo todo.

Ariel se asustó:

—¿De qué estás hablando?

—No puede ser que David esté solo en la tierra, ya no quiero que esté ahí.

—¿Y qué querés que hagamos?

—Tiene que estar con nosotros.

Así que mandaron abrir la tumba y sacaron la urna enterrada y pasaron las cenizas a una de plata, era como una caja con cuatro patas, y adentro estaba forrada en terciopelo: una belleza. Las cenizas grises sobre el fondo negro.

En los últimos meses, Laura y Blanca volvieron a hablar. Blanca nota que Laura está más tranquila. No está todo el tiempo llorando. Y a veces ni lo nombra a David.

Si no lo nombra, no llora. Si lo nombra no puede hablar.

Una anécdota más de Ariel.

Años atrás, en invierno, cuando trabajaba con Marcos y ya manejaba la minigrúa, él y otros operarios paraban a media mañana para comprar una comida caliente que traían en unos camiones. A las heladeras le habían puesto candado y listo, no hubo más robos de fetas de jamón ni rodajas de tomate.

Una vez Ariel se acercó a uno de los camioneros, un tal Vincent, y le dijo que tenía ganas de comprar un camión. Vincent quería jubilarse y le preguntó cuánto estaba dispuesto a pagar por el suyo. Nadie sabe cuánto ofreció Ariel, si el otro aceptó o no la oferta.

Al día siguiente, Marcos está en su oficina, trabajando, suena el teléfono. Atiende. Del otro lado se escucha la voz de alguien que habla inglés con acento italiano. En vez de presentarse, pregunta con quién está hablando. Marcos le contesta, y el italiano le dice:

—Hay un tipo en su fábrica y a ese tipo yo lo voy a agarrar y le vamos a hacer esto y lo otro y lo demás allá, y a lo que quede de él, si queda algo, no lo va a reconocer ni la propia madre.

Y empieza a hablar de ponerle los pies en cemento y tirarlo al río Hudson después de abrirlo y sacarle afuera las tripas para alimentar a los peces, o clavarle un guinche en la espalda y dejarlo colgado en medio de una obra en construcción.

Entonces Marcos lo interrumpe y le dice:

—Perdón, ¿quién habla? ¿Usted está amenazando a uno de mis empleados? Mire que yo estoy grabando esta conversación y después hago la denuncia en la policía.

Y el italiano le contesta:

—Vos no me grabás nada porque te mando unos amigos míos a la fábrica y la van a quemar y van a cortar en pedacitos a todo el

personal, empezando por los negros, y a vos te vamos a arrancar las pelotas y con tus pelotas vamos a jugar al béisbol.

Marcos dice:

—Bueno, está bien, no grabo. Empezamos mal, aunque quizás terminemos mejor. ¿Con quién tengo el gusto de hablar? ¿Qué es lo que pasó? ¿Qué puedo hacer por usted?

Y el italiano le cuenta:

—Yo soy el que le lleva la comida a tu empresa. Me llamo Gallo, por si no me conocías, y resulta que uno de tus empleados quiso comprarle el camión a uno de mis hombres, Vincent. ¿Cómo llamás vos a eso?

Marcos piensa, y después dice:

—¿Oferta?

—¿Oferta? ¡Que un empleado tuyo quiera comprarle a un empleado mío lo que es mío no es una oferta! ¡Eso se llama robo!

Ahí Marcos empezó a sospechar lo que pasaba, le dijo:

—¿Usted sabe quién era mi empleado, o cómo era?

Y Gallo le dijo que no sabía cómo se llamaba, pero Vincent le había dicho cómo era, y ahí Marcos terminó de entender:

—Le pido disculpas, estimado señor Gallo. Se trata de un malentendido. Es muy posible que el causante de esta confusión sea mi concuñado, está casado con la hermana de mi mujer y recién vino al país, apenas entiende el idioma, es un buen muchacho, inofensivo, no conoce nada de nuestras costumbres. Si le ofreció comprarle el camión a Vincent lo hizo sin mala intención, de buena fe creyó que el camión era de Vincent o Vincent se explicó mal. Mi concuñado no quiere robarle nada a nadie, menos que menos a usted. Solo quiere hacer negocios. Usted sabe: América es la tierra de las oportunidades.

Y el italiano:

—¿Quiere hacer negocios? Que venga a verme. Yo le voy a enseñar a hacer negocios.

Y cortó.

Marcos se quedó asombrado del tono de la conversación. Al rato vino su jefe, el presidente de la empresa, y Marcos le contó la historia.

El presidente dijo:

—Estamos en problemas. Voy a tener que resolver el asunto. ¿Sabés qué familia es esa, los Gallo? Son los capos de la mafia.

A la mañana siguiente suena el teléfono, Marcos atiende. Es otro italiano el que habla, no es Gallo:

—¿Señor Marcos? Olvídese de la conversación de ayer. Entendemos la explicación que nos dieron. No va a haber más problemas. *Arrivederci*.

Dos días más tarde aparece un camión nuevo y un nuevo conductor. Cuando el tipo empieza a entregar la comida a los operarios, Marcos se acerca para pedirle los datos. El otro le da los datos y le dice:

—Yo soy nuevo en la zona. A mí me mandaron acá y acá estoy.

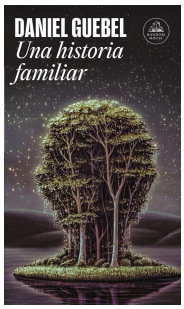
Marcos pregunta:

—¿Y Vincent?

El otro le dice:

—No conozco a ningún Vincent.

Los operarios de la fábrica se rieron de la pregunta y de la respuesta. Un operario alzó una mano y se la pasó por el cuello, un dedo horizontal, zig zig, cortando. El filo de un cuchillo en la garganta. El mismo gesto que durante la Segunda Guerra Mundial hacían los polacos parados al costado de las vías, zig zig, cuando veían pasar los trenes que llevaban a los prisioneros camino a los hornos de los campos de concentración.



«Lejos de la autoficción clásica de *El hijo judío*, Guebel descarna su prosa y derrocha la gracia de su oralidad, al seguir a este linaje iniciado con sus primeros inmigrantes. ¿Todo por culpa del terror cosaco? Ellos no evolucionan ni cuando progresan. Fatalistas, se atienen a los castigos cíclicos y reescriben la genial *Carrera y Fracassi*».

Matilde Sánchez

En una larga conversación, una tía va recordando nacimientos, enfermedades, matrimonios, desplazamientos, locura y muertes, y su sobrino, con un humor tierno y oscuro, escucha y transcribe esa saga íntima en una novela luminosa donde el amor, la paciencia y la resignación sostienen en equilibrio las desgracias y felicidades de la vida.

Entre el testimonio crudo y la invención literaria, Guebel retoma el hilo de sus libros más personales, yendo de la Europa de los pogromos hasta la Argentina rural y la emigración a los Estados Unidos. En todos esos cruces, los personajes asumen la herencia que los antecede y los destinos que legarán.

Una historia familiar es, en definitiva, una indagación sobre lo que se transmite y lo que se transforma al contar. Y quizá toda tribu es,

antes que nada, el relato que sobrevive a sus muertos.



DANIEL GUEBEL

Nació en Buenos Aires en 1956. Escritor, dramaturgo y periodista, es autor de las novelas *Arnulfo o los infortunios de un príncipe, La perla del emperador* (Premio Emecé y Segundo Premio Municipal de Novela), *Los elementales*, *Matilde*, *Cuerpo cristiano, El terrorista*, *Nina*, *El perseguido*, *La vida por Perón*, *Carrera y Fracassi*, *El caso Voynich, Mis escritores muertos*, *Enana blanca* y *Paranoia*, y de los libros de cuentos *El ser querido*, *Los padres de Sherezade*, *Genios destrozados* y *Tres visiones de Las mil y una noches*. Random House editó las novelas *Ella*, *La carne de Evita*, *Las mujeres que amé*, *Derrumbe*, *El absoluto* (mejor libro de ficción de 2016 según el diario *La Nación*; Premio Literario de la Academia Argentina de Letras, Municipal y Nacional, en la categoría Novela), *El hijo judío* (Premio de la Crítica de la Feria del Libro 2019), *Un crimen japonés*, *El Rey y el filósofo* y *La mujer del malón*. En 2024 recibió el Konex de Platino en la categoría Novela por el bienio 2018-2020. Escribió, junto con Sergio Bizzio, *Dos obras ordinarias* y *El día feliz de Charlie Feiling*. Fue traducido al inglés, francés, italiano, ruso y portugués.

Foto del autor: © Ana Guebel

Otros títulos de Daniel Guebel en
penguinlibros.com



Guebel, Daniel
Una historia familiar / Daniel Guebel. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Random House, 2026.
(Random House)
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-769-464-2

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Diseño de tapa: Penguin Random House Grupo Editorial

© 2026, Daniel Guebel
Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.U.
Diputació, 307, 1º 1ª, 08009 Barcelona,
teléfono + 34 93 212 47 91
E-mail: **info@casanovaslynch.com**

Edición en formato digital: agosto de 2026
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual y el derecho de autor.
El derecho de autor estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del derecho de autor al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso previo y expreso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Por favor, tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de textos y datos.

ISBN 978-987-769-464-2

Conversión a formato digital: Estudio eBook

Facebook: **penguinlibrosar**
X: **penguinlibrosar**
Instagram: **penguinlibrosar**

Índice

Una historia familiar
Epígrafe
Prólogo
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
Sobre este libro
Sobre el autor
Otros títulos de Daniel Guebel
Créditos


Cubierta